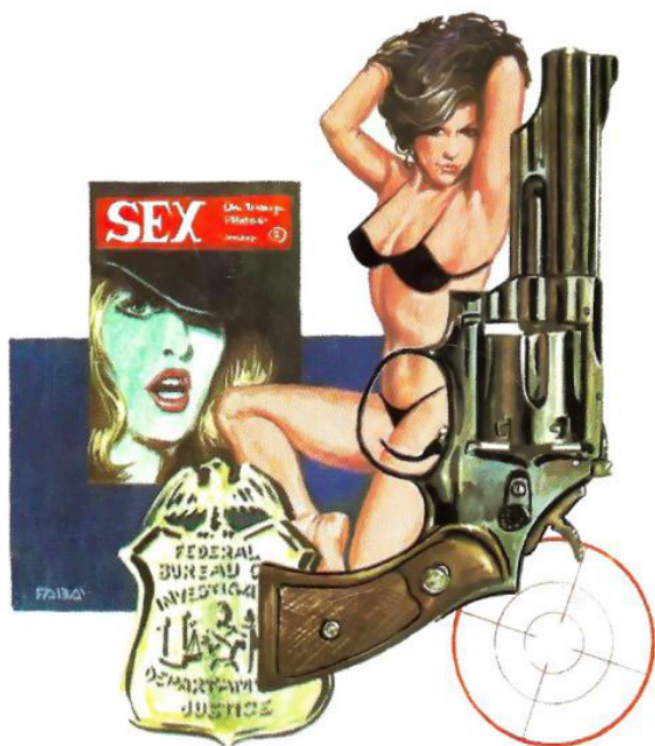
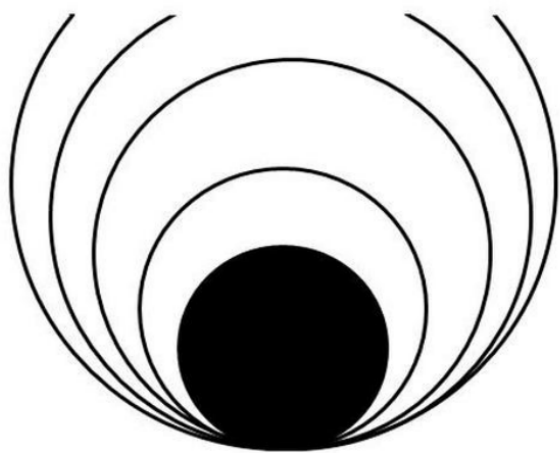




DAMA DE SEÑOS MUTILADOS

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.500 - Los tentáculos del terror mundial.
En Colección PUNTO ROJO:
895 - Miedo para las adolescentes.
En Colección LA HUELLA:
134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

**DAMAS DE
SENOS MUTILADOS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 898
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 18.145 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1979

© Curtis Garland - 1979

texto

© Salvador Fabá - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabré, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El coche patrulla de la policía de Los Ángeles se desvió de la asfaltada avenida para introducirse entre los setos y arboledas de la zona ajardinada, sin dejar de hacer girar las luces rojas de su techo, ni emitir el ululante sonido de la sirena.

Se reunió con el otro patrullero que aparecía ya aparcado ante el terraplén de tierra húmeda, cercano a un alto seto, en la zona más oscura del parque. Los faros del primer coche alumbraban un sector del mismo, y los del segundo barrieron brillantemente la carrocería blanca y azul del primer vehículo policial que llegara al lugar del suceso.

Se abrieron las portezuelas. Dos agentes uniformados saltaron del mismo, dirigiéndose con rapidez donde esperaban otros dos agentes, junto con un hombre de gabardina color café, que hundía sus manos en los bolsillos, inclinado pensativamente hacia el suelo, donde parecía contemplar algo en total abstracción.

Los dos agentes miraron al suelo, sobre el verde césped bien cortado de la zona. El bulto estaba medio cubierto por una tela. Era un cuerpo humano, ciertamente. Los policías se miraron entre sí un momento.

—Es una mujer —dijo uno de ellos.

—Pelirroja —corroboró el otro, pensativo.

—En efecto, muchachos —asintió el de la gabardina color café, con voz reflexiva. Alzó los ojos y les contempló distraídamente—. Una mujer joven, pelirroja, y semidesnuda.

—¿Violada? —indagó uno de ellos.

—Aún no lo sabemos. El forense está en camino —el otro se encogió de hombros—. A ella poco puede importarle ya eso.

—¿Está muerta, señor?

—Claro.

—¿Asesinada?

—Evidentemente, sí. Nadie se degolla con un arma afilada, cortándose de oreja a oreja.

—Cielos... Pobre muchacha —comentó el agente, inclinándose a mirar el cuerpo, tras echarse la gorra un poco hacia la nuca, en gesto instintivo.

Alzó la tela que la cubría, húmeda por el aire de la noche, que venía fresco y pegajoso desde el mar. Se estremeció, desviando la mirada.

—Oh, Dios... —Se notó la náusea en su tono.

—¿Qué ocurre? —indagó su compañero vivamente.

—Véalo usted mismo —invitó el policía de paisano con voz cansada.

El segundo patrullero puso una rodilla en el mojado césped, junto al cuerpo femenino tendido allí arriba. Pudo ver lo mismo que había visto su compañero y que, a juzgar por su expresión, había logrado enfermarle.

No se sorprendió de ello. También él notó una convulsión en el estómago, y una profunda impresión de desagrado en toda su persona. Se consideraba un tipo duro para estas cosas, sobre todo después de diez años en el Cuerpo. Había visto muchas cosas en ese período de tiempo patrullando por las calles de Los Ángeles. Pero esto seguía siendo algo profundamente penoso y cruel.

—Pobre chica... —jadeó, apretando los labios, seguro de que su cara había palidecido de repente—. Quien hizo eso debe de estar loco. Será uno de esos sucios y malditos sádicos que ahora abundan tanto, los muy hijos de perra...

—Sí, parece obra de un loco, como tantas otras atrocidades como se cometen. Pero uno nunca puede fiarse de esas cosas hasta estar totalmente seguro...

Y contempló largamente, en silencio, lo que los dos patrulleros miraban con una mezcla de horror e incredulidad.

Debajo de aquel rostro crispado, de ojos vidriosos y muy abiertos, de larga melena roja, de garganta hendida y sangrante aparecía un torso de mujer, alabastrino y hermoso... pero horriblemente mutilado.

El asesino no se había conformado con degollar a su víctima en aquel oscuro parque de la ciudad. Después de ello, le había cortado ambos pechos limpiamente. Y los senos ni siquiera aparecían por

parte alguna, en torno a la víctima.

—Sí. La mutilación, según todos los indicios, fue cometida después del ataque mortal a la muchacha, teniente Harris.

El teniente de Homicidios de Los Ángeles, Andrew Harris, meneó la cabeza con lentitud, en sentido afirmativo. Luego estudió en silencio al médico que acababa de darle el informe.

—¿Eso quiere decir que ella estaba ya muerta cuando fue mutilada?

—Exacto. Podía ser que agonizase o que quedara aún en su cuerpo un resto de vida, pero es obvio que ya la habían degollado cuando el agresor procedió a seccionar sus pechos con el mismo instrumento cortante, quizá, que le había servido para cortar el cuello a la víctima. Esto último, naturalmente, es simple suposición, ya que muy bien pudo disponer de dos armas cortantes. La autopsia nos revelará si el filo es el mismo en ambos casos, pero lo importante ahora es que se observan coágulos de sangre en los pechos, señal evidente de que ya había comenzado la sangre a coagularse en sus venas cuando tuvo lugar la mutilación. Prueba evidente de que ella estaba muerta o a punto de morir. Además, sangró por esas mutilaciones mucho menos de lo que lógicamente hubiera sangrado en el caso de sufrir primero el ataque mutilador.

—Entiendo, doctor —asintió el policía, volviendo a hundir sus manos en los bolsillos de su gabardina color café, tras haber cubierto el cuerpo rígido que ahora yacía en aquella mesa de la Morgue, a punto de ser trasladado a la sala de autopsias—. En cuanto a una posible violación...

—Es pronto para asegurar nada —suspiró el forense, caminando hacia la salida—. Habrá una respuesta concreta cuando la autopsia se haya realizado. Pero provisionalmente, y sin temor a equivocarme, podría asegurar que esa joven no fue en ningún momento sometida a una violación en toda regla. Eso no significa, claro está, que el agresor pudiera llegar a ciertos abusos sexuales con el cuerpo de su víctima, cosa que espero aclarar después. Pero desde ahora mismo le afirmo algo rotundo: no existió consumación física de violación sobre la víctima. Si existió alguna otra clase de aberración sexual, pues... ya lo veremos. ¿Complacido, teniente?

—Sí, gracias, doctor. Ha sido muy amable. ¿Cuándo sabré el resultado de la autopsia?

—A primera hora de la mañana procederemos a realizarla. Llámeme entre once y doce. Ya habrá para entonces un informe oficial.

El oficial de Homicidios asintió, moviendo la cabeza con lentitud, y caminó hacia la salida del depósito de cadáveres de la ciudad de Los Ángeles con aire abstraído. Ante él se alejaba con paso presuroso el médico forense.

Estaban esperándole en el exterior dos reporteros y dos patrulleros uniformados, que intentaban en vano alejar de allí a los periodistas. Harris hizo un gesto de cansancio.

—Está bien, déjenles preguntar —murmuró, enfrentándose a los reporteros—. ¿Qué es lo que quieren saber?

—¿Ha sido un asesinato de tipo sexual, teniente? —quiso saber un periodista.

—En principio eso parece, pero no podemos asegurar nada todavía.

—¿Obra de algún sádico? —indagó el segundo reportero.

—Es muy posible, sí. Tiene todas las trazas de serlo.

—¿Algo sobre la identidad de la víctima?

—No, nada aún. No llevaba encima documento alguno, ni bolso ni iniciales. Se está intentando averiguar eso ahora.

—¿Podemos publicar datos sobre la víctima que ayuden a identificarle?

—Sí, por favor, háganlo. Toda ayuda puede ser poca en casos así, aunque una mujer tan atractiva, joven y hermosa, difícilmente puede pasar desapercibida en ninguna parte. Medía un metro sesenta y siete, pesaba unos sesenta kilos, era pelirroja natural, con cabello largo, ojos pardos, nariz breve, boca de labios carnosos, mentón firme, tenía un pequeño lunar junto a la comisura izquierda de sus labios, y otro mayor sobre el pecho del mismo lado. Manos de uñas cortas, pero cuidadas, prueba casi inequívoca de que debía trabajar en algo así como estenotipia, mecanógrafa o bien pianista u organista, ya que utilizaba sus dedos en algo para lo cual las uñas eran un estorbo. Es todo lo que sabemos de ella, desgraciadamente. Se están revisando las listas de personas desaparecidas, pero, evidentemente, tendremos que esperar en ese sentido, porque tal vez anoche, ella aún no había desaparecido en forma oficial.

—Y estamos a sábado, teniente —le dijo uno de los periodistas

—. Es decir, hemos entrado en el sábado a medianoche. Por tanto, si falta a su trabajo, es posible que no la echen en falta hasta el lunes. Demasiado tiempo para ignorar su identidad, ¿no le parece?

—Sé que este fin de semana no nos ayuda precisamente a identificar a la víctima —admitió, ceñudo, el teniente Harris—. Confiemos en que antes de ser echada en falta de su lugar de trabajo, alguien pueda identificarla por medio de ustedes y de las fotografías del cadáver que les serán proporcionadas mañana a los medios informativos, o bien porque alguien note su ausencia y venga a identificarla a la Morgue. Creo que, de momento, es todo en lo que puedo ayudarles, caballeros. Ahora, si me permiten, me iré a descansar. Me espera un día muy ajetreado.

Los reporteros se quedaron atrás. El teniente caminó hacia su coche, seguido por los patrulleros de uniforme. Uno de ellos comentó en voz alta, dirigiéndose a su compañero:

—Loomish tuvo suerte esta noche, con el cambio de servicio. Se evitó este desagradable asunto.

—No creo que a Loomish le impresione demasiado encontrarse con un cadáver más o menos durante sus horas de trabajo —objetó el otro—. Pese a su juventud, es un veterano en estas cosas. Él siempre dice que la muerte es la compañera habitual de cualquier policía que esté de servicio. Y creo que tiene razón.

—Sí, tal vez sea cierto. Loomish nunca se impresiona por nada. Es un hombre de acero.

—Nadie es de acero, Bron. Sencillamente, se domina en cualquier situación —el patrullero sonrió con cierta ironía ahora—. Esperemos que en su nueva experiencia no se sienta tan dueño de sí...

Su compañero enarcó las cejas. Luego rió entre dientes, afirmando.

—Oh, se me olvidaba. Se casa mañana, ¿no?

—Hoy, para ser más exactos —corrigió el otro, consultando su reloj—. Hace ya tiempo que hemos entrado en el sábado. A las doce se casa el patrullero Frank Loomish.

—Cierto, ¡qué cabeza la mía! —Se detuvo bruscamente el teniente Harris, pegándose un palmetazo en la frente—. Sabía que tenía algo que hacer. Loomish y su boda. Es a las doce, sí. En la iglesia de San Francisco. Tengo que asistir, o me retirará la palabra

para siempre. Creo que tiene una novia preciosa.

—Eso dicen —asintió uno de los patrulleros—. Loomish no podía fallar en eso. Siempre se le vio con chicas bonitas por ahí. Es un tipo afortunado. Dicen que tiene «gancho» para las mujeres.

—Sí, eso dicen —asintió el teniente, pensativo—. Por cierto, no ha aceptado hacer sus vacaciones ahora, pese a casarse hoy. Sólo faltará de la brigada tres o cuatro días. Gran muchacho Loomish. Trabajador, honesto, valeroso... Todo un ejemplo para ustedes, muchachos.

—Lo sabemos —afirmó uno de los patrulleros, sin sentirse celoso—. Al principio, nos caía mal por lloverle elogios de todo el mundo. Pero Frank es un compañero magnífico, y un gran chico, todo sencillez y camaradería. Realmente, le apreciamos. Aunque el servicio nuestro termina a las once, iremos a la boda, aunque sólo sea para darle un abrazo.

—Y para besar a la novia —rió el otro de buen humor.

También Harris, pese a sus preocupaciones, sonrió. Se metió en su coche, despidiéndose con un ademán de su brazo de los dos agentes uniformados, cuya escolta rechazó, y emprendió el regreso a casa. Ya estaban regando las calles de Los Ángeles, cuyo asfalto brillaba como un espejo negro, reflejando las luces del alumbrado, los luminosos de color de hoteles, *snacks* y locales nocturnos, y algún que otro escaparate iluminado. Eran las tres y veinte de la mañana.

Una noche ajetreada, que había comenzado con el hallazgo del cuerpo femenino mutilado, allá en Lafayette Park, y que había continuado con el traslado del cadáver, su examen inicial por el forense, y las indagaciones en busca de datos que sirvieran para identificar a la desconocida víctima, cuyo bolso no fue hallado en parte alguna, y cuyas ropas no mostraban iniciales de ningún tipo, ni etiquetas con algún indicio revelador. Vestía ropas confeccionadas, aunque de buena calidad, que habían sido desgarradas por el criminal, no se sabía si para violentarla, o sólo para ensañarse en ella, seccionándole brutalmente ambos senos.

No le gustaba el asunto. Al teniente Harris nunca le habían gustado los sádicos y obsesos sexuales. Los detestaba, como detestaba sus delitos, casi siempre monstruosos y aberrantes. Pero también eso formaba parte de la rutina diaria de su Departamento,

y así debía aceptarlo, le gustara o no.

—Tendré muchas cosas por hacer mañana —reflexionó en voz alta, hablando consigo mismo—. La autopsia y sus resultados, la tarea de intentar identificar a la víctima, buscar al criminal dando una batida por toda la ciudad y sus alrededores, detención de sospechosos habituales relacionados con taras sexuales, la boda de Loomish, el fin de semana de mi mujer y de los niños... Oh, cielos, no tendré ni un solo momento de descanso. Y luego, esos muchachos patrulleros ambicionan subir, ascender en el Cuerpo... No saben de lo que se libran siendo simples patrulleros. Cuando yo patrullaba por las calles de Los Ángeles, creo que fue mi mejor época.

CAPÍTULO II

Frank Loomish detuvo su automóvil con un frenazo brusco. Saltó del mismo empuñando el revólver, y se aproximó al coche que acababa de quedar acorralado entre un muro de ladrillos y su propio coche-patrulla, en cuya portezuela se parapetaba ya su compañero de servicio, encañonando al otro vehículo con su «38» reglamentario.

—¡Cuidado, Frank! —le avisó—. Esos tipos son peligrosos...

—Lo sé —afirmó Loomish duramente, mientras el otro coche, incapacitado de maniobrar en aquel callejón de Harbor City, al sur de Los Ángeles, abría sus propias portezuelas para vomitar al asfalto a sus dos ocupantes, un negro alto y flaco, de indescrptible indumentaria rosa y granate, y un tipo ancho, de raza blanca, pelo rizado, cuerpo vigoroso, vestido con *blue jeans* y chaqueta tejana.

Ambos iban armados. El negro, con una automática y el tipo de ropas tejanas con un pesado «Colt» calibre 45, negro pavonado. Se dispusieron a hacer fuego sobre el coche-patrulla y sus ocupantes.

—¡Suelten sus armas o disparo! —avisó Loomish, enérgico.

Ellos no obedecieron. El negro de aspecto de macarra hizo fuego con su automática. Ésta rugió poderosamente, y la bala pasó muy cerca de Loomish, mientras éste se arrojaba de costado, tras un montón de cajas, justo a tiempo de evitar el impacto mortal. Desde allí hizo fuego a su vez.

El estampido de su «38» coincidió con los disparos del tipo de los tejanos y de su compañero del coche-patrulla, tiroteándose mutuamente. El negro pegó un alarido, soltó su arma, abriéndose en cruz sus brazos, y cayó dando tumbos por entre los cubos de basura del callejón, hasta quedar inmóvil boca abajo, encima de los desperdicios.

La bala de Frank Loomish le había alcanzado en el corazón nítidamente, matándole en el acto.

El otro advirtió lo sucedido, tragó saliva, y arrojó velozmente su arma, levantando de forma ostensible los brazos.

—¡No disparen! —gritó con voz sollozante—. ¡Me rindo, me rindo, no tiren más!

Los patrulleros se miraron. Rápido, Loomish abandonó su refugio, precipitándose sobre el individuo, a quién hizo girar, violentamente, apoyándole de cara contra el coche, y reteniéndole así, con su «38» apoyado en los riñones.

Su compañero llegó de inmediato, apresurándose a comenzar el registro del individuo, a quién arrebató de debajo de su chaqueta tejana un ancho cuchillo de caza con vaina de piel de potro. Luego, le esposó sin pérdida de tiempo, y se dispuso a llevarle al coche policial.

Irónico, Loomish le avisó a su compañero, mientras iba a examinar el cuerpo del negro de disparatadas ropas:

—¿No vas a leerle sus derechos, Sam?

—Oh, es verdad —gruñó el otro joven patrullero, haciendo un esfuerzo de memoria antes de avisar al detenido con tono sarcástico—: Tiene derecho a permanecer callado. Si prefiere hablar, todo cuanto diga ahora podrá ser utilizado en contra suya más tarde.

Le metió a empellones en el coche. Loomish examinó el cadáver pausadamente. De un bolsillo de la chaqueta de seda rosa que vestía el muerto, extrajo una agenda con una larga lista de nombres de chicas, sus teléfonos y direcciones. La hojeó, pensativo, con gesto de repugnancia. Fue el coche-patrulla para informar por radioteléfono. Luego, pidió una ambulancia, aunque ya nadie podía hacer nada por el macarra negro.

—¿Encontraste la lista? —preguntó su compañero Sam.

—Claro. Todas las chicas de su negocio están ahí. Las que explotaba, por medio de coacción, amenazas, palizas, e incluso asesinatos, si era preciso. Un buen elemento el tal negrito... Y tú eras su compinche, ¿eh, vaquero?

El de ropas tejanas protestó débilmente:

—¡Yo no tengo nada que ver en eso! ¡Sólo era un buen amigo de Lou Domino, y nada más! ¡Yo no tenía que ver en sus negocios de chicas!

—Eso ya lo veremos, amigo —rió Sam huecamente—. De momento, se te veía mucho con él, y hoy utilizaste un arma contra

nosotros, lo mismo que Domino. Sólo que tú supiste rectificar a tiempo para salvar el pellejo.

—Quiero un abogado. No diré nada sin estar él presente...

—Lo tendrás, amiguito, lo tendrás —prometió secamente Loomish, sentándose ante el volante, tras cerrar la comunicación por radioteléfono—. Pero no creo que él te ayude a salir del feo pozo de ese asunto de prostitución, proxenetismo y crimen, usando como víctimas a pobres chicas indefensas, desdichadas ramera de barrio extremo, demasiado asustadas para enfrentarse a sus explotadores. Y la que se atrevió a ello, como Lucy Dee o como Annie Prentiss, fueron a parar bajo las ruedas de un coche, tras recibir previamente una buena paliza. ¿Eras tú el angelito que conducía el coche asesino tal vez?

—¡No, no, lo juro! —aulló el detenido, palideciendo—. ¡Yo, no! ¡Era él, Lou, o cualquier otro, pero no yo!

—Raro, ¿no? Sobre todo, teniendo en cuenta que tú figurabas en su nómina como chófer profesional y, además, lo eres.

—¡Me niego a seguir hablando sin un abogado delante! —gritó, exasperado.

—Por supuesto. Pero te repito que vas a necesitar algo más que un abogado para salir con bien de todo esto. Posiblemente un milagro, «vaquero»... —rió Sam con dureza.

Estuvieron allí hasta que llegó otro coche-patrulla y una ambulancia. Se llevaron el cadáver del negro. Y ellos partieron hacia el Departamento de policía de la ciudad de Los Ángeles, con su detenido y con el informe de los hechos.

Eran ya las cuatro y diez de la mañana cuando Frank Loomish abandonaba el cuartelillo policial. Varios compañeros le palmearon el hombro cordialmente, a su paso.

—Vaya, en una noche así, cualquier novio estaría haciendo su despedida de soltero —bromeó un oficial de patrulleros.

—Ya lo sé —rió Loomish—. Pero hay mucho trabajo en esta maldita y sucia ciudad, señor, y usted lo sabe. Lo único que logré fue cambiarme el turno con McCoy y Maskins, para empezar antes la ronda y terminar a las cuatro. Así podré dormir unas horas, antes de ir a la iglesia...

—Pues apresúrate, que ya pasan de las cuatro —le avisó otro compañero de buen humor—. Va a dormir muy poco... ¡y mañana

por la noche dormirás menos aún!

Hubo una carcajada general en los patrulleros. Loomish no se enfadó por la broma, sino que sonrió, meneando la cabeza.

—Sois una pandilla de golfos —dijo jovialmente—. Pero no os prohibiré ir a la boda, aunque os lo mereceríais. Buenos días a todos. Y hasta luego, en la iglesia de San Francisco.

—Hasta luego, Frank —le despidió el oficial, apoyando una mano calurosa en su hombro—. Y sabes que, de verdad, todos te queremos aquí de verdad, bromas aparte. No faltaremos mañana en esa ceremonia aunque se nos cierren los ojos de sueño a quienes hoy tenemos servicio de noche, de eso puedes estar seguro.

—Lo sé, señor —miró con una mezcla de simpatía y ternura a sus camaradas de la estación de policía—. Me alegra que, pese a haber cambiado de turno con otros compañeros esta noche, pudiera ser útil a la ciudad, a mis conciudadanos y a la ley, logrando la captura de ese criminal y la muerte de otro peor aún que él. Ahora, sólo me resta esperar a que mañana empiece una nueva etapa en mi vida. Es todo. Adiós, amigos, hasta dentro de unas horas.

—Hasta luego, compañero —le deseó el que antes bromeaba con sus problemas para conciliar el sueño—. Te llevaremos los regalos a la iglesia. Es una sorpresa, ¿sabes? Y todos hemos colaborado en ella...

—Gracias una vez más, amigo —agitó su mano, ya en la puerta de la estación policial—. Nos veremos luego.

Salió del edificio. Cruzó la calle recién regada, en la que brillaban algunos charcos en las desigualdades del asfalto, y bostezo, al abrir la portezuela de su coche particular, el «Ford» color verde oscuro aparcado no lejos de la estación de policía.

Se sentó al volante, y puso en marcha el vehículo. Cuando llegó a su domicilio eran ya las cinco menos cuarto. Se desabrochó la chaqueta del uniforme, camino de su dormitorio. Dejóse caer en el borde del lecho, y dirigió una mirada intensa a la bella muchacha del retrato situado en su mesilla.

—A estas horas, tú tal vez duermes, querida —murmuró tiernamente—. Y yo... ya ves. Sigue el trabajo hasta el último momento casi... E incluso en mi último servicio antes de que sea tu esposo, tuve que matar a un hombre. Uno de esos malditos rufianes que explotan a las mujeres... o las matan a sangre fría para

conservar su negocio miserable y ruin. Así es esta ciudad. Así son todas las grandes ciudades, Brenda. No todo es hermoso en ellas. No todo es amor lo que nos rodea, desgraciadamente, aunque tú y yo estemos enamorados... Felices sueños, querida. Creo que yo no podré dormir, sin embargo, pensando en ese momento de esta mañana...

Se interrumpió en su monólogo ante el retrato de su prometida. El teléfono había sonado repentinamente con su timbrado brusco y molesto, que logró sobresaltarle. Miró su reloj con disgusto. Las cinco menos cinco de la mañana. ¿Quién diablos podía molestarle a aquella hora?

Descolgó. Su pregunta fue seca:

—¿Sí? Habla Frank Loomish. ¿Quién llama?

—¿Frank? —Una voz de mujer, cálida y suave, llegó del otro extremo del hilo, inesperadamente para él—. Soy yo, Lizabeth.

—¿Lizza! —La llamó por su abreviatura cariñosa habitual—. ¿A estas horas? ¿Qué es lo que ocurre para que me llames en semejante momento?

—He estado intentando localizarte antes. Llamé ya dos o tres veces a tu casa, a partir de las cuatro... Me dijeron que era la hora a que volvías de servicio hoy...

—Y así es, pero hubo un feo asunto que lo retrasó bastante. Pero, Lizza, ¿qué ocurre? No entiendo por qué me llamas ahora. Pudiste comunicarte conmigo a través de la centralita de la policía, por radioteléfono, si era algo urgente.

—Es que... no sé si es realmente urgente o no. Ella podría estar ahora en casa de tía Helen. Y tía Helen es una vieja chapada a la antigua, tú lo sabes, que detesta el teléfono, a pesar de vivir sola en Pasadena. Por tanto, no tiene teléfono para comunicar con ella, y no puedo confirmarlo.

—¿Ella podría estar? ¿A quién te refieres?

—A Brenda, naturalmente. A mi hermana, Frank.

—¿Brenda? —Aferró el teléfono con mayor fuerza—. ¿Es que... no está ahí ahora?

—No. Eso es lo raro. No volvió esta noche a cenar. Le dejé su cena en el frigorífico, y allí continúa. Su cama está sin hacer. No ha venido siquiera por aquí. Llamé a su amiga Karin y a los McDermott, puesto que podría haberse quedado en su casa por la

razón que fuese, pero en ambos sitios negaron haberla visto hoy.

—Pero... pero eso no tiene sentido, Lizza. Brenda tiene que estar hoy en la iglesia, a las doce. Su traje de novia, creo que está ahí...

—Sí, aquí está, colgado en su armario, con todo lo demás. Lo siento, Frank. Estoy muy preocupada. Pero seguramente se fue a pasar la noche con tía Helen, y todo esto no pasa de ser una falsa alarma...

—Te hubiera avisado telefónicamente, de pensar algo así.

—Es posible. Pero yo estuve fuera de casa hasta las nueve. Tal vez llamó y yo no estaba.

—Es muy raro, Lizza —se abotonó de nuevo el uniforme con decisión—. Voy a ir a Pasadena.

—¿Ahora? Es muy tarde, Frank, y estarás agotado luego...

—No importa. No será la primera noche que paso en blanco. Voy a ver a tía Helen, y saldremos de dudas. ¿Has comprobado si su coche está en el *parking* de vuestra casa?

—No, no se me ocurrió. Bajaré ahora a verlo...

—Está bien. Compruébalo. Te llamaré por el camino desde cualquier cabina. Tú vuelve a casa, sea como fuere lo que halles, y no te muevas de ahí. Ya te diré lo que has de hacer, ¿entendido, Lizza?

—Claro, Frank. ¿He hecho mal en molestarte a estas horas con...?

—No, qué tonterías. Debiste localizarme antes en el coche-patrulla, y esto estaría ya aclarado. ¿Puedes llamar a los jefes de donde trabaja Brenda? Tal vez ellos puedan darte una orientación si la oyeron decir algo especial...

—Buscaré en la agenda. Creo que tengo allí el número de los Carruthers. El señor Carruthers es un buen hombre. Espero que no se disguste por una llamada tan intempestiva.

—No importa que se disguste o no. Hay que encontrar a Brenda cuanto antes. Vamos, pronto, ve a comprobar lo del coche, por favor. Yo salgo para Pasadena ahora mismo.

—Sí, Frank... En cuanto sepas algo, llámame. Estaré esperando tus noticias...

Colgó, saliendo con rapidez de la casa. Poco después, el coche atravesaba a toda velocidad la urbe dormida, en dirección al nordeste de la ciudad. Cuando alcanzaba ya Washington Boulevard,

detuvo el coche, dirigiéndose a una cabina telefónica, desde donde llamó a casa de Brenda y su hermana Lizza.

Prestamente ella descolgó el teléfono. Su voz sonó ansiosa:

—¿Frank, eres tú?

—Sí —sonó tenso el timbre de voz de Loomish—. ¿Qué has averiguado?

—Nada positivo. El coche no está abajo. El señor Carruthers pareció muy alarmado al atender mi llamada. Brenda salió hoy más tarde del trabajo, para dejarlo todo en orden, pese a que le invitaron a marcharse incluso antes de la hora habitual. Dijo que se sentía nerviosa y no tenía ni siquiera apetito. Traía consigo un bonito obsequio de boda, un reloj de esfera dorada, estilo Luis XV, para comedor. Lo introdujeron en el coche de Brenda, y ella partió hacia acá. Pero no ha llegado... Estoy asustada, Frank, muy asustada ahora...

—Serénate. Te llamaré después de ver a tía Helen. Pero debiste llamarme antes, buscarme como fuese. En fin, eso ya no tiene remedio. Hasta luego, Lizza. No te muevas de casa, por si Brenda volviese. Por mi parte, averiguaré algo a través de mis compañeros, no sea que haya sufrido algún accidente y no hayan sabido localizarte para notificarlo.

Colgó, sintiendo en el pecho una extraña congoja que no quiso transmitir a la hermana de su prometida. Sus sienes palpitaban con fuerza, y notaba un calor febril en su frente. Tampoco a él le gustaba lo que estaba ocurriendo. Pero incluso sentía miedo de reconocerlo así.

Voló materialmente hasta la alejada vivienda de la vieja tía de las muchachas, en Grange Grove Avenue, en Pasadena. Algo le decía que era un viaje inútil, de resultados negativos.

Y así fue.

Una tía Helen somnolienta, súbitamente angustiada, le atendió en la casita aislada de Orange Grove. No, no sabía nada de Brenda. No había estado allí desde el fin de semana anterior.

La preocupación de Frank empezaba a ser ya incluso miedo. Un espejo le devolvió una imagen lívida de su rostro, prueba evidente de la tensión que estaba viviendo en esos angustiosos momentos de incertidumbre.

—Dios mío, Frank, ¿qué podemos hacer? —gimió la infortunada

señora, estremeciéndose al aferrar las manos del joven patrullero entre las suyas nerviosas y frías.

—Usted, nada en absoluto. Quédese aquí. Le enviaré a alguien cuando sepa algo, para que la informe. No sufra, es posible que todo se resuelva bien en breve. Voy a establecer contacto con mis compañeros de la policía. Creo que es lo mejor, dadas las circunstancias. Hay que buscar y encontrar un coche desaparecido, con un reloj estilo Luis XV en su interior... y a una mujer que ocupaba ese coche a las siete de esta tarde... y que aún no ha dado señales de vida.

Salió rápidamente de la casa, tras confortar de nuevo a tía Helen, aunque era él quien más lo necesitaba quizás en este momento. Su coche volvió a deslizarse vertiginosamente por el asfalto de la ciudad semidesierta en aquella agitada mañana de sábado, justamente el día de su boda.

Momentos después, se detenía en otra cabina telefónica, y marcaba el número de la centralilla de la estación de policía.

Fue breve y preciso. Dio una descripción completa del coche de Brenda, con el regalo de bodas de los Carruthers, su número de matrícula, y describió también a su prometida con el mayor detalle posible.

Luego, dijo que iba hacia la estación de policía, para comprobar en hospitales y cárceles de la ciudad si había alguien allí que respondiera a esos datos, mientras los patrulleros intentaban por su parte localizar el paradero posible de Brenda.

Colgó, regresando al coche, y continuando la marcha hacia la estación policial. Alrededor suyo, algunos locales nocturnos permanecían abiertos todavía, y las prostitutas eran escasas ya en las esquinas o puertas de locales dudosos, puesto que la hora era demasiado avanzada para esperar clientela aprovechable.

Frank Loomish iba sombrío, ceñudo, sumido en hondas preocupaciones, pensando incesantemente en ella, en Brenda.

Cuando alcanzó la estación de policía, subió los escalones de tres en tres, y penetró como una exhalación en las oficinas, fuertemente iluminadas, y en las que a tales horas, habitualmente, sólo quedaba el estricto personal de servicio de noche.

Por ello le sorprendió ver allí dentro en estos momentos al capitán Ballow, de patrulleros, así como al teniente Harris, de

Homicidios, reunidos con varios oficiales y personal de la estación. Al entrar él, todos volvieron la cabeza. Le miraron.

Nadie habló. Nadie le saludó siquiera. Sencillamente, siguieron mirándole, mientras él avanzaba hacia ellos con rápido paso. A Frank no le gustó aquello. Tampoco le gustó que el teniente Harris tragara saliva, y que el capitán de patrullas humedeciera sus labios y desviara los ojos.

La espantosa sensación de catástrofe se hizo angustiosamente fuerte y persistente dentro de él. Su corazón dio un vuelco.

—Vengo a buscar información —dijo—. Mi prometida ha desaparecido.

Harris asintió con la cabeza. El capitán Ballow no supo qué decir. Loomish les miró. Notaba fría su piel. Y húmeda. Supo que debía de estar mortalmente pálido.

—¿Qué ocurre? —preguntó roncamente—. ¿Por qué me miran así? ¿Por qué no hablan?

—Frank, muchacho... —Era el teniente Harris quién hablaba—. Me temo que no tengo buenas noticias. Pero aún no puedo estar seguro. ¿Quieres... quieres venir conmigo a un sitio? Tenemos que comprobar algo.

—Ese sitio, ¿cuál es? —indagó, tenso, Loomish.

—La Morgue, muchacho —fue la tremenda respuesta.

CAPÍTULO III

La Morgue.

Fue allí donde la encontró finalmente. El teniente Harris había hallado respuesta a uno de sus problemas mucho antes de lo que imaginara. Ciertamente que tuvo que salir de su casa en la madrugada, ante la llamada urgente de los patrulleros, informándole de la descripción dada por uno de ellos, referente a su novia desaparecida.

La descripción exacta de la mujer muerta en Lafayette Park. La mujer de los senos mutilados...

Era ella. Brenda Trent. La novia de Frank Loomish.

Fue una escena breve. Tensa. Emotiva. Pero contenida, intensa, sin patetismos ni sensiblerías, Tal vez por ello, resultaba infinitamente más dramático para cuantos allí se encontraron.

No eran muchos, ciertamente. Sólo el patrullero Frank Loomish, junto a los patrulleros McCoy y Haskins, el capitán Ballow y el teniente Harris. Ellos, y el empleado frío y sin expresión de la Morgue.

Y, naturalmente, el cadáver.

El cuerpo de Brenda Trent ante ellos, emergiendo del cajón frigorífico, con una tarjeta de identificación en blanco, colgando de uno de sus pies desnudos, bajo la sábana de un blanco espectral, envolviendo su cuerpo rígido y ensangrentado.

—Sí. Es ella...

Sólo eso. Apenas un murmullo ronco. Pero era suficiente. La voz resonó huecamente bajo la blancura cruda del techo del depósito. Los demás se miraron entre sí.

Unos dedos trémulos resbalaron un instante sobre la piel tersa y helada del cadáver, acariciando la mejilla yerta, sin color.

Fue una caricia instintiva, fugaz. La última a la mujer amada.

Después, el silencio volvió a la cámara. Iban ya a cerrar el cajón

en el frigorífico, cuando la puerta se abrió tras ellos. Se escuchó un sollozo ahogado. Loomish volvió la cabeza.

—No, tú no... —musitó—. Por favor, no. Lizza...

Ella no le hizo caso. Le eludió, fue hasta el lugar donde la luz iluminaba verticalmente la yerta faz enmarcada en cabellos rojos. Tras ella, una mujer de cabellos blancos, que también intentaba retenerla, la siguió para contemplar el cadáver.

Tía Helen y Lizabeth Trent contemplaron a la mujer muerta. La joven palideció intensamente. Sollozó. Se aferró a su anciana tía, y los patrulleros las apartaron del lugar, mientras la muchacha repetía constantemente, con voz ahogada:

—Brenda... Brenda, querida... Oh, no, no... Brenda.

El teniente Harris suspiró. Hizo un gesto rápido. El funcionario introdujo el cajón con premura. Los patrulleros no sabían qué hacer. Sereno, frío, impresionante en su calma y dominio, Loomish fue hasta ellas. Las tomó por el hombro con ambas manos.

—Vamos, os lo ruego —dijo—. Ya nada hacemos aquí.

—Pero ¿por qué, Frank, por qué ella...? —gemía Lizabeth amargamente.

Él no dijo nada. No hizo el menor comentario. Se limitó a salir de la estancia, con la tía Helen y su joven sobrina, que, por contraste con Brenda, era rubia, aunque igualmente atractiva y joven.

El teniente Harris meneó la cabeza, cambiando una mirada con los compañeros de Loomish.

—Lo imaginaba —dijo lentamente—. Desde un principio, cuando me llamaron a casa para decirme que la novia de ese muchacho había desaparecido misteriosamente...

—Sí, nosotros también —asintió el patrullero McCoy—. Pobre Frank... Es injusto que ocurran cosa así, teniente.

—El mundo está lleno de cosas injustas —asintió el oficial de Homicidios—. Ahora habrá que trabajar, intentando olvidar que es un compañero nuestro el que ha perdido a su futura esposa en el mismo día de la boda. Para nosotros es sólo un caso más. O debería serlo. Hemos de encontrar ese automóvil. Y el reloj estilo Luis XV. Tienen que estar en alguna parte.

—Yo me estaba preguntando, teniente, qué fue a hacer Brenda Trent a Lafayette Park, esta noche pasada —apuntó el patrullero

McCoy, con gesto ceñudo—. No era el camino de su casa. Ni siquiera de la vivienda de su tía Helen o de su amiga Karin.

—Pero sí creo que pudo pasar por allí, camino de la vivienda de los McDermott. Ella era muy amiga de la señora McDermott, tengo entendido.

—Investigaremos en ese sentido. ¿Quiere que busquemos el automóvil de Brenda, teniente?

—Por supuesto. Todas las patrullas de la ciudad deberán buscarlo. Yo, entretanto, volveré a casa, aunque no creo que duerma ya ni una hora. Hay que investigar en torno al lugar de trabajo y a la vida de Brenda Trent, por si en ese ambiente pudiera estar la clave de su muerte.

—¿Y... de su mutilación? —sugirió McCoy, dubitativo.

—Sí. También de su mutilación. Puede ser que fuese asaltada en el camino por un maniaco, conducida a viva fuerza al parque, donde fue asesinada y mutilada, para después huir el criminal en su coche, pero no sabemos si esto fue así o no. Que busquen huellas de neumáticos en el parque, aunque será difícil en los senderos de grava, a menos que las ruedas hayan entrado en tierra húmeda o en el césped.

—Sí, señor. Nos ocuparemos de todo eso.

Se dispersaron los patrulleros en silencio. El teniente Harris dirigió una última mirada al mueble frigorífico de la Morgue, y se encaminó lentamente al exterior, preguntándose en voz alta con tono amargo:

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser precisamente para mí un caso como éste?

Cuando salió, los patrulleros se habían marchado ya, y no se veía rastro de Lizza Trent, de su tía Helen ni de Frank Loomish, el hombre que tenía que haberse casado aquel mismo mediodía, y cuya futura esposa se quedaba allí dentro, en el helado depósito de cadáveres, de donde no regresaría ya nunca más, salvo para ser sepultada bajo varios palmos de tierra.

Por el este, comenzaba a clarear sobre Los Ángeles. Pero seguía sin haber demasiada actividad en las calles, por ser sábado. Solamente hacia las carreteras y autopistas se enfilaban muchos automóviles madrugadores.

Harris se frotó los ojos, irritados por la falta de descanso, y puso

en marcha su automóvil. Sabía que ya no iba a descansar. Pero al menos lo intentaría, antes de ocuparse a fondo durante aquel fin de semana del misterioso caso de la mujer asesinada y mutilada en Lafayette Park.

Una mujer que tenía que haberse casado en la iglesia de San Francisco a las doce de aquel día. Una mujer joven, hermosa, novia de un camarada de la policía de Los Ángeles.

Una mujer asesinada por un criminal que, además de quitarle la vida, la despojó de sus senos.

Tenía que encontrar a ese criminal. Y hacerle pagar su horrible delito.

Pero ¿por dónde empezar, exactamente?

El cigarrillo se aplastó en el cenicero. Los dedos apretaron con fuerza, hasta estrujarlo y extinguir las brasas entre la ceniza gris. Luego, los ojos se alzaron hacia el recién llegado. Había dolor contenido en esa mirada. Y amargura. Y también fría ira impotente.

—Entiendo, teniente —dijo con voz ronca—. Es el resultado definitivo de la autopsia, ¿no es cierto?

—Sí, Frank. Ahora ya sabemos que a Brenda Trent la asesinaron primero. Luego, su agresor, en un rasgo de espantoso sadismo, le seccionó los senos limpiamente, como podría hacerlo un cirujano. Es lo que opina el forense, cuando menos.

—¿Por qué?

—¿Eh? ¿A qué se refiere? —Pestañeó el oficial de Homicidios, sorprendido.

—¿Por qué tuvieron que hacerle eso? ¿Hubo... hubo violación? —Y su voz tenía una nota fría y dura al preguntar esto, no exenta de dolor.

—No, no la hubo. De ningún tipo. Ni la más leve señal de violencia. Pero el doctor dice que hay casos raros. Ya sabe: sádicos, fetichistas... Gente que goza sólo con la sangre y el dolor ajenos...

—Sí, maldita sea, claro que lo sé —paseó furioso por la estancia—. Conozco muy bien a esa clase de gentes. He patrullado entre ellas durante estos años. Degenerados, homosexuales, proxenetas, enfermos mentales, obsesos sexuales, fetichismo, *voyeurs*, sádicos o masoquistas... Un inframundo heterogéneo y repugnante. Pero existe. Es lo que hemos ayudado a crear entre todos, teniente. Y de ese mundo, que no siempre existe en los bajos fondos, sino también

en la mejor sociedad, surgen monstruos así. Y ocurren cosas como esta...

—Entiendo cómo se siente, Frank...

—No, no puede entenderlo. Brenda era mi prometida. Pero mentiría si le dijera que sólo por eso es lamentable lo que ocurre. Yo lo siento dolorosamente en mí, mi vida ha sido bruscamente destrozada. Pero igual podría haberle ocurrido a otro. De hecho, les sucede a tantos en nuestro país durante cada día... El crimen, el delito, la violencia, están en nuestras calles y las gobiernan. Mientras no terminemos con eso, no habremos conseguido hacer justicia en lo ocurrido a Brenda. Ella sola no es la víctima de nuestra sociedad ni su asesino en el único culpable. En el fondo, lo somos todos.

—Frank, no podemos convertirnos en vengadores de toda una sociedad, por el simple hecho de que algo nos irrite e indigne. Nuestra misión es concreta: aclarar cada uno de los casos que nos corresponden, y encontrar al responsable, para entregarlo a la justicia, y que ella resuelva. Pasarse de esa tarea, significa pretender convertirse en juez y verdugo. Y eso no es lo que nos corresponde, Frank, por mucho que sea nuestro dolor ante lo irremediable.

—No quería decir eso, teniente. Sólo le dije que no actuaré de distinta forma por el simple hecho de que sea mi prometida la víctima. Trabajaré en esto como si no tuviera nada que ver con Brenda, ¿está claro?

—Sí. Y es muy encomiable, Frank. Pero me temo que sus superiores no van a ver con buenos ojos que actúe en el caso. Lo digo por algo que me he mencionado por teléfono el capitán Ballow. Desea darle un descanso de dos o tres semanas. Creo que se lo debían ya de antes.

—Comprendo. Y me lo dan para que no sea yo quien busque al asesino de Brenda.

—Tal vez sea lo mejor, hágase cargo, Frank.

—No estoy de acuerdo —siguió sus paseos—. Pero aceptaré disciplinadamente lo que decidan mis jefes. ¿Por qué ha venido a verme, teniente?

—Porque ahora le necesito como testigo, no como policía.

—¿Testigo de qué?

—Del caso actual. Usted conocía mejor que nadie a Brenda.

Puede ayudarnos mucho.

—Lo dudo. No sé nada de nada sobre el crimen, si se refiere a eso.

—De eso estoy seguro. No busco datos sobre el crimen en sí... sino sobre amistades y relaciones de Brenda, sobre sus costumbres, hábitos y todo eso. Quizá nos ayude a dar con su agresor.

—Ya. ¿Creen que pudo ser alguien que la conocía?

—No creo nada. Pero ésa es una posibilidad más, entre otras.

—Sí, yo también lo he pensado —se detuvo ante la ventana. Sin volverse, indagó—: ¿Han hallado el automóvil?

—Aún no. Están en ello. Pero hay huellas de un coche en el parque, donde hallamos el cadáver. Su amiga Karin Manning no estaba en ese camino. La casa de los McDermott, sí. Pero Laura McDermott tampoco la esperaba anoche en absoluto. Ambas habían hablado por teléfono aquella misma tarde. Iban a reunirse en la iglesia hoy... Siento hablar de estas cosas, Frank, pero es inevitable...

—Siga, siga, teniente —inclinó la cabeza Loomish—. ¿Esas huellas de coche en el parque son de los neumáticos del automóvil de Brenda?

—Me temo que sí. Tengo una descripción de esas ruedas, del encargado del *parking* de las oficinas donde trabajaba ella. Y coincidían exactamente los dibujos y marca, si bien hasta no hallar el coche no podremos asegurar nada.

—Puedo anticiparle algo: coincidirá todo, esté bien seguro, teniente.

—Sí, eso es lo que imagino —suspiró el oficial de Homicidios—. Bien, Frank, ¿qué puede decirme sobre las amistades de Brenda?

—No mucho —confesó lentamente el joven policía, tras un momento de reflexión, y reanudando con mayor lentitud sus paseos por la estancia—. Uno cree conocer bien a una persona, lo bastante bien para hacerla su esposa, y de repente descubre que no era así, que esa persona, aparte su propio ser, era una perfecta desconocida para uno, ya que salvo sus más cercanos parientes, como su hermana Lizza y su tía Helen, apenas si sé nada de su familia, de ella misma, de su anterior círculo de amistades y relaciones o de sus actuales compañeros de trabajo, jefes y demás.

—Sí, entiendo eso muy bien —sonrió el teniente, pensativo—. A

mí me sucedería igual... y lo cierto es que llevo doce años casado. Ni siquiera sé quiénes son las amigas de mi mujer, si tuvo novios anteriormente, o si algún chiflado de la vecindad la mira con buenos o malos ojos en estos últimos tiempos. Virtualmente, no sabemos nada de nada sobre nuestros propios seres más íntimos. Pero ni siquiera nos damos cuenta de ello, hasta que es realmente necesario.

—Entonces, ya sabe lo que ocurre. Salvo su amistad con Karin Manning o con la señora Carruthers, la esposa de su jefe, sé muy poco sobre la vida de Brenda, ahora o antes. Tenga en cuenta, además, que ella y yo nos conocimos hace solamente un año. Ha sido un noviazgo rápido. Y nunca le pregunté nada sobre su vida anterior. No es mi costumbre. Una persona empieza a contar para uno desde el momento mismo de conocerlo. Lo de antes no tiene importancia para mí.

—Es un modo sensato de pensar, pero no va a ayudarnos mucho en este caso —suspiró el teniente de Homicidios.

—Lo sé. ¿Por qué no le pregunta mejor a Lizza, su hermana? Ella sí puede que esté en condiciones de ayudarle mejor que yo.

—Es una buena idea, Frank. Pero sería preferible que usted lo hiciera en mi lugar.

—Teniente, para mí sería muy doloroso hacer esas preguntas precisamente ahora. Además, ya sabe que en estos casos, no les gusta que sea uno quien investigue por sí mismo. Va contra el reglamento. Usted mismo acaba de confirmármelo, al decir que me han concedido vacaciones especiales para que me aleje de todo esto.

—Sí, pero esto todavía no es oficial, puesto que a usted no se lo han comunicado, Frank. De todos modos, yo me hago cargo de la investigación. Sólo le pido que me acompañe a ver a Lizabeth Trent para que todo sea más fácil. Tal vez allí, ella recuerde mejor, y hable con menos tono oficial conmigo...

—Está bien, teniente. Iremos a ver a Lizza. Después de todo, está haciendo esto por Brenda, aunque para usted sólo sea un trabajo más en su rutina diaria.

—No, Frank, no es un trabajo más —negó severamente el teniente—. Esta vez es la novia de un compañero quien ha muerto. Eso cambia las cosas para mí. Las cambia mucho.

—Gracias, teniente. Vamos. Iremos ahora mismo a ver a Lizza.

La serena belleza de la joven, algo menos agresiva quizá que la de su difunta hermana Brenda, aparecía velada por la sombra del dolor, la tristeza, y el tono de luto de sus ropas.

Escuchó las palabras de Frank, sin quitar de él sus ojos, tan pardos y profundos como los de Brenda. Su cabello, de un rubio suave, algo castaño, que a veces recordaba el reflejo cárdeno del de su hermana, sobre todo cuando lo hería algún rayo de sol filtrado entre las rendijas de la persiana graduable, enmarcaba el bonito y pálido rostro.

—Sí, Frank —murmuró—. Ayudaré al teniente en cuanto me sea posible.

—Sé que no es el momento más adecuado para venir a molestarla con todo esto, señorita Trent, pero...

Ella interrumpió las excusas del oficial de Homicidios. Alzó su mano en un leve gesto. Su voz sonó sorprendentemente calmada y llena de serenidad:

—No se moleste, teniente. Sé que es un mal momento. Todos lo serán desde ahora. Pero cuanto antes pueda encontrar un indicio, tanto mejor para que, cuando menos, se haga justicia y el culpable pague lo que hizo. Aunque mucho me temo que mis informes no puedan ayudarle demasiado en este caso...

—No importa. Es posible que sepa algo a lo que usted jamás dio importancia, relacionado con alguna amistad de su hermana, y eso nos lleve a un punto positivo. Frank, si lo prefiere, sería mejor que nos dejara solos a la señorita Trent y a mí.

—Si ella puede soportarlo, no seré yo menos —cortó con firmeza el joven—. Me quedo, teniente.

—Como quiera. Espero que no resulte demasiado penoso para usted, amigo mío —se volvió lentamente hacia Lizza. Se frotó el mentón, como buscando un modo de empezar, de ahondar a viva fuerza en la amarga tristeza de aquella muchacha cuya hermana estaba aún en el depósito de cadáveres, esperando ser sepultada al día siguiente. Humedeció sus labios, algo nervioso, pese a su experiencia de años, antes de comenzar:

—¿Le había hablado su hermana en alguna ocasión de alguna persona que la inquietara, de alguien que pudiera seguirla o vigilarla últimamente, de alguna amistad o simple individuo conocido que la hubiese importunado con cualquier motivo?

—No. De nada en absoluto —negó lentamente la joven.

—¿Se la notaba a ella extraña, preocupada por alguna razón?

—No, al contrario. Parecía feliz por su próxima boda —bajó la cabeza, con repentina pesadumbre—. Dios mío, y pensar que ahora...

—Por favor —rápido, el teniente puso una mano firme en su brazo, confortándola y frenando el momento de debilidad de la muchacha—. Trate de no pensar en eso, y ayúdeme a buscar lo que todos deseáramos encontrar lo antes posible, señorita Trent.

—Sí, perdone —los ojos tenían una repentina humedad sospechosa. Sus labios hicieron un leve puchero antes de serenarse. La voz se calmó también—: Prosiga, por favor.

—Tenemos una agresión hartamente extraña, que denota la existencia de un loco, un sádico o un obseso. Pero no de un violador. El asesino mató. Y no conforme con eso, procedió a una mutilación que, dolorosamente, sabemos bien cuál es. ¿Por qué?

Ante el silencio expectante de la muchacha, el propio teniente trató de darse una respuesta a sí mismo. Frank Loomish no le perdía de vista.

—He llegado a la conclusión de que esa mutilación tiene algún sentido —dijo—. Es más, juraría que es la clave de todo esto.

Para sorpresa suya, la voz de Frank corroboró roncamente:

—Estamos de acuerdo, teniente. Ya lo he pensado yo también.

Gratamente sorprendido por esa coincidencia de criterios, el teniente Harris dirigió una rápida mirada a Loomish, antes de reanudar sus preguntas a la hermana de Brenda Trent:

—En ese caso vamos a concentrarnos en la personalidad hipotética de un mutilador psicópata que disfrutaba cometiendo esa aberración. Él fue quien, sin duda, condujo bajo amenazas a su hermana a aquel parque, y allí, tras asesinarla, realizó lo que en realidad constituye para él su máximo empeño: la mutilación. Tenemos que averiguar por qué eligió precisamente a su hermana. Pudo ser simple casualidad, acaso un encuentro fortuito en el *parking*, en la calle. Pero antes de aceptar esta posibilidad, es preferible apurar todas las demás. Como, por ejemplo, la de que pudiera conocer personalmente a su víctima y, tal vez, engañarla primero con un pretexto, para que ella la condujese hasta el parque o sus cercanías, y poder así amenazarla entonces en zona poco

frecuentada. De modo que sigamos centrándonos en la personalidad del mutilador. Y en sus posibles motivos para... para elegir a Brenda Trent como víctima. Era una mujer hermosa, joven, solitaria. La víctima ideal para uno de esos locos. Pero ¿había algo más en ella que la impulsó a atacarla?

—Los senos.

—¿Eh? —El teniente miró con fijeza a Lizza—. ¿Qué ha dicho?

—Los senos de Brenda.

—Sí, debían de ser bellos, a juzgar por unas fotografías que he visto. Pero hay muchas jóvenes con senos atractivos en las calles...

—No es eso, teniente. Los senos de Brenda tenían algo especial.

—¿Ah, sí? —El teniente enarcó las cejas—. ¿Qué?

—Se habían publicado en una revista hace más de un año.

—Eso no lo sabía yo —dijo Frank bruscamente, acercándose.

—Sí lo sabes, sólo que ella te lo contó de un modo distinto —sonrió tristemente Lizza—. Y no se atrevió a enseñarte la revista.

—¿Tú la tienes?

—Sí —afirmó Lizza—. Es el *Sex Magazine*. Publicó un concurso de senos femeninos. Bastaba enviar una fotografía. Ellos se comprometían a ocultar el rostro y nombre de la ganadora, pero a condición de publicar los senos en sus páginas centrales. Así ocurrió. Brenda ganó el concurso. No era extraño. Poseía unos pechos admirables. Ganó con eso mil dólares, que ingresó en su cuenta. Allí están aún. Era una muchacha muy ahorradora y sensata, Frank lo sabe bien.

—De modo que era eso —reflexionó el joven patrullero—. Brenda me habló de un concurso de belleza que había ganado, y yo no le pregunté más, ni ella añadió detalles.

—Temió que pudieras molestarte por eso. Pero tampoco trató de ocultártelo. Al no intentar tú saber detalles, ella optó por silenciarlos, eso fue todo. Teniente, puedo mostrarles esa publicación. Tal vez tenga algún sentido para la investigación del caso, aunque en estas circunstancias no es muy aconsejable mostrarla a los demás.

—No tema. Solamente veré la fotografía, tomaré nota de la publicación, de su fecha de aparición y de todo eso. De paso, comprobaremos si el asesino pudo identificarla de alguna forma con esa fotografía, y actuó obsesionado por lo que vio en ella.

—Espere, teniente —terció Loomish—. Recuerde que Brenda tenía un lunar junto a su seno izquierdo. Eso puede que aparezca en la fotografía, Lizza.

—Sí, creo que aparece. Esperen —pidió ella.

Se ausentó. Al regresar, traía consigo una publicación editada en color, de excelente papel y buena calidad fotográfica. Abundaban los desnudos, más o menos artísticos, y parecía mostrar una preferencia clara por el volumen de los senos femeninos, tal vez porque su público así lo deseaba.

La abrió por su mitad. Frank se estremeció. Allí estaba el torso de Brenda, sin rostro. Era la ganadora, «Miss Busto de *Sex Magazine*», según rezaba al pie. Ganadora de mil dólares. Los más bellos pechos del concurso.

Realmente, Brenda había poseído unos senos magníficos, generosos, pero firmes y duros. Ahora nadie sabía dónde podían estar. Un loco se los había arrancado con dos limpios cortes.

—Dios mío... —Frank cerró los ojos. Pero comentó tras un silencio—. Sí, se ve muy nítidamente el lunar.

—En efecto. Pero, el asesino sólo pudo verlo en alguna piscina, playa o cosa parecida, ¿no es cierto? —Harris miró a Lizza—. Y si estaba obsesionado por esa fotografía, quizá la siguió, atacándola.

—¿Y esperó medio año para ello? —dudó Frank, negando—. Recuerde que estamos en invierno, teniente. Si vio a Brenda en bañador, tuvo que ser hace cinco o seis meses. No creo que estudiara durante tan largo tiempo el crimen, existiendo una obsesión así.

—Creo que tiene razón. Pero Brenda era una muchacha honesta que no se desnudaba en lugares públicos, o menos que alguien espiera en alguna parte, como los lavabos de su lugar de trabajo, pongamos por caso.

—Los editores de la revista sí sabían el nombre de la modelo ganadora, ¿no? —terció rápido Frank, mirando a Lizza vivamente.

—Pues... sí, claro. Le giraron aquí los mil dólares en un talón bancario a su nombre. Y le enviaron el contrato en el que se comprometían a no revelar a nadie su identidad ni publicarla jamás en su revista, bajo compromiso de indemnizar a la concursante con medio millón de dólares por daños y perjuicios.

—Ésa podría ser una pista —admitió el teniente—. La redacción

del *Sex Magazine*. Sí. Incluso dentro de una publicación así, podría existir un sádico, un obseso sexual, obsesionado por una determinada fotografía, por una modelo concreta. Nada más fácil que buscar en los archivos, hallar esa fotografía completa, con los datos de la concursante y... buscar entonces a la misma.

—Dios mío, ¿será posible algo así? —gimió Lizza—. Yo le insistí mucho para que no se presentara a ese concurso, pero mil dólares eran tentadores para ella... y, además, tenía la ocasión de satisfacer su propia vanidad. Estaba orgullosa de sus senos, teniente, muy orgullosa. La idea de poder competir, la excitaba. Y de ganar, más aún.

—Evidentemente, es lo que le dije antes —murmuró Frank—. Uno nunca conoce bien a la mujer que tiene al lado... Jamás me imaginé que ella tuviera esas debilidades narcisistas, Lizza.

—No son cosas que se hablen con un hombre, Frank. Ella me las confiaba a mí, como hermana y como amiga. Acostumbraba contemplarse en el espejo, admirándose de sus propios senos, que acariciaba orgullosamente. Era una de sus pocas debilidades. Y ese maldito asesino, no conforme con arrancarle la vida... hizo ese horrible destrozo en su pobre cuerpo inerte... Ojalá esta pista le lleve a alguna parte, teniente.

—No sé si será así o no, pero cuando menos, hemos encontrado algo, un indicio. No sé si puede ser casualidad que una mujer tan orgullosa de cierta parte de su anatomía, sufra precisamente la mutilación de la misma... Señorita Trent, ¿seguro que no hay nada más al respecto que pueda decirme? ¿Nadie conocía este detalle, el hecho de que su hermana se hubiera presentado al concurso? ¿Alguna amiga, alguna relación del trabajo...?

—Que yo sepa, no. No se hubiera decidido a revelar eso a nadie. Era muy discreta con sus cosas.

—Bien, creo que de momento es suficiente para iniciar una tarea que pueda llevarnos a alguna parte —Harris guardó cuidadosamente la publicación, prometiendo a la muchacha—: Le devolveré esto en cuanto obtenga una copia. Nadie en el Departamento sabrá nada, salvo yo mismo. Creo que su hermana se merece, cuando menos, esta discreción póstuma.

—Gracias, teniente. Sé que lo hará. En usted confío.

—Bien, amigo Frank —el oficial de Homicidios caminó hacia la

salida—. ¿Viene conmigo, o prefiere quedarse?

—Me quedaré con Lizza un rato —suspiró Frank lentamente—. Espero que me diga lo que resultó de esa investigación en el *Sex Magazine*. Yo prefiero no ir por allí en estos momentos. Tal vez oyera algún comentario que no me gustase.

—Creo que hace bien —afirmó el policía de Homicidios—. Ya le llamaré luego con lo que sepa, amigo mío. Y recuerde que tendrá que mantenerse fuera del raso, al menos oficialmente. Es lo que han decidido sus superiores. Yo no puedo negarme a informarle de algunas cosas, pero si se mezclara en el asunto, me obligaría a tener que informar a sus jefes de ello, ¿lo comprende?

—Sí, teniente, lo comprendo. No se preocupe. Cómo ve, no trato de usurpar sus funciones en absoluto.

—Sí, ya lo veo —le miró, ceñudo, añadiendo luego pensativo—. Y la verdad es que eso me preocupa más que otra cosa... Hasta luego, Frank. Gracias por todo, señorita Trent...

Abandonó la vivienda. Lizza miró largamente a Frank, en silencio. Luego, indagó tímidamente:

—¿Eso... eso es cierto, Frank?

—¿El qué?

—¿Te han prohibido investigar esto?

—No oficialmente aún. Pero van a hacerlo. Seguramente mañana mismo, en cuanto termine el funeral y vaya a la estación de policía. Acostumbran usar ese método con los policías que son víctimas de algún delito. No les gustan las venganzas personales.

—¿Y tú no vas a hacer nada?

—De momento ya ves que nada hago. Vine aquí para que al teniente le fuese todo más fácil.

—No es eso lo que te pregunté. ¿Vas a buscar al asesino, pese a todo?

—Sí —afirmó lentamente Frank, con voz ronca, bajando la cabeza—. Voy a buscarle. Siguiendo mis propios métodos.

—Sabía que lo harías. Ten cuidado. Puede ser peligroso.

—¿Por mi carrera? —sonrió tristemente Loomish.

—Por todo. Recuerda que es un feroz asesino. Puede ser muy peligroso.

—Yo también.

—Frank, si llegases a... a matar a ese criminal, dirían que fue

venganza. Te condenarían por homicidio, lo sabes muy bien.

—No he dicho que vaya a matarlo, si lo encuentro.

—Pero podría suceder. Si él se resiste, lucháis... todo sería malo. Aun venciendo tú, te convertirías en un homicida. Y perdiendo... serías la víctima.

—No temas. Todo saldrá bien.

—Pero ¿cómo vas a poder seguir ningún rastro, estando fuera de la policía? Él tiene todas las ventajas...

—¿El teniente Harris? Claro. Pero sigue sus métodos: interrogatorios y todo eso. Yo soy patrullero, no oficial de Homicidios. Tengo otra técnica diferente.

—¿Cuál?

—La acción. Ahora ya sé algo que no sabía. Un loco anda suelto por la ciudad. Uno de tantos. Pero un loco muy peculiar: le obsesionan los senos femeninos. No sé si sólo los de Brenda o todos. Adquirió esa revista. Quizá adquiere muchas otras semejantes. Y se fijó en la ganadora del concurso. De alguna forma, localizó su existencia, supo quién era. Y la mató, apoderándose de lo que a él le obsesiona. Se llevó consigo esos senos mutilados. Por tanto, también es fetichista.

—Frank, hablas como si fuese un caso más, algo que no nos afectara tanto a ambos...

—Lo sé. Tengo que hacerlo así. Debo despersonalizarme, ser sólo el patrullero número 405, de la Policía Metropolitana de Los Ángeles. Ella, la víctima, una mujer. Una mujer cualquiera de esta ciudad. Así se hacen estas cosas, Lizza, o la pasión y el dolor te ciegan, hasta que no ves nada. Ahora sé lo que tengo que hacer, y cómo tengo que hacerlo.

—Frank, me das miedo... —musitó ella, mirándole con ojos muy abiertos y angustiados.

—No hay motivo —sonrió él fríamente, acercándose a ella y tomándole las manos con ternura—. Esa revista, *Sex Magazine*, es la clave, estoy seguro. Por ahí empezó todo, y quizá ahí termine todo, pero dudo de que el teniente llegue a descubrirlo fácilmente. Esa gente del *Magazine* no revelarán nada. Aunque haya habido una indiscreción, aunque alguien haya revisado los archivos, aunque hayan utilizado el secreto profesional de alguna forma, no lo dirán por nada del mundo, existiendo por medio un asesinato.

—¿Existe otro medio de saberlo?

—Sí, existe.

—¿Cuál puede ser, Frank?

—Eso es asunto mío, Lizza —murmuró él, con un destello en sus ojos—. Ahora debo dejarte. Nos veremos mañana, en el funeral. Vendré a recogerte, querida.

Apretó sus manos con calor, fuertemente y tras besar su mejilla, abandonó la casa. Tomó un taxi hacia el centro de la ciudad, mientras su plan iba tomando forma en su mente.

CAPÍTULO IV

La redacción del *Sex Magazine* estaba situada en pleno centro de Los Ángeles, exactamente en las confluencias de Wilshire y Santa Mónica. Era un edificio de quince plantas, de las que las dos primeras correspondían a las oficinas de la publicación erótica, una de las más vendidas de la costa californiana.

También editaban calendarios, juegos de naipes, libros y toda una variada gama de artículos donde su material era inevitablemente de la misma naturaleza, si bien parecían eludir cuidadosamente toda posible relación con la mera pornografía.

Frank Loomish encendió su enésimo cigarrillo cuando las luces de las oficinas se iban apagando lenta y paulatinamente en los amplios rectángulos de los ventanales de ambas plantas, al tiempo que numerosas personas salían del edificio, dispersándose por la calle, en busca de sus automóviles. Eran exactamente las seis de la tarde. Sabía que en determinados sábados, un personal suplente trabajaba en la empresa editora.

Cuando ya no salía nadie del edificio, y las luces de las dos plantas del *Sex Magazine* estaban totalmente apagadas, salvo en un par de ventanas, Frank arrojó el cigarrillo al suelo, y salió de su automóvil particular, carente de todo distintivo policial, aunque dentro de él llevase, para ciertas emergencias, una luz roja adaptable al techo del coche, mediante una base magnética.

Cruzó el *parking* y la calzada, alcanzó la acera, y penetró en el edificio, destinado enteramente a oficinas. En vez de utilizar los ascensores, subió a la primera planta por las escaleras. Los vidrios de la puerta aparecían herméticamente cerrados, y no había más que una luz de situación en el largo corredor de las oficinas del *Sex*. En los muros eran visibles grandes ampliaciones en color con fotografías de desnudos femeninos. En la mayoría, los senos grandes y rotundos, tenían amplia exhibición.

Frank probó las recias hojas de vidrio, ajustadas con cierre de seguridad. Observó que había sistema de alarma moderno. Tras ello, golpeó repetidamente la puerta con los nudillos.

No tuvo que esperar mucho. Tras las vidrieras, al fondo del corredor, asomó lentamente un hombre uniformado, con revólver en la funda de su cadera. Era el vigilante nocturno de la editorial.

Se aproximó a la puerta, con gesto malhumorado, e hizo un vivo ademán.

—¿No ha visto que está cerrado ya? —masculló abruptamente—. Vuelva el lunes, amigo. El turno de hoy, sábado, era el de servicio especial que sólo trabaja en días así cuando se lanza algún número extraordinario. El miércoles sale el extra de invierno, por eso hubo trabajo hoy, pero ya han terminado, y sólo queda la tarea de talleres.

Frank asintió, extrayendo de su bolsillo la credencial, que situó tras los vidrios de forma que viese el vigilante su fotografía con nitidez, así como el escudo de la policía de Los Ángeles, pero no así su condición de simple patrullero. Confiando en que el ardid serviría, habló con voz firme:

—Sé todo eso. Pertenezco al Departamento de Policía. Hay algo que debo revisar en este mismo momento. Existe un informe telefónico, y mientras llegan los especialistas, sería preferible que yo inspeccionase la planta.

—¿Un informe telefónico? —dudó el vigilante, que comprobó la identidad de Frank, pero no su exacta especialidad dentro de la policía—. ¿En qué sentido?

—Amenaza de bomba. En esta planta de la redacción del *Sex Magazine*.

—¿Una bomba? —Se horrorizó el vigilante, humedeciendo sus labios con nerviosismo—. Cielos, imposible. ¿Por qué habría de poner nadie una bomba aquí?

—Hay locos de todo género sueltos por ahí, amigo mío. Será mejor que comprobemos inicialmente si todo está en orden. Podría tratarse de una falsa alarma. Dijo ser alguien que odia la pornografía y el erotismo. Pero quizá sólo es un loco inofensivo. Según él, la bomba estallará dentro de media hora. Los artificieros están en camino ya. Vamos, ¿a qué espera para abrir?

—Un momento —el vigilante se encaminó a una caja metálica

situada a un lado de la entrada—. Desconectaré la alarma. Pero esto no tiene sentido...

Desconectó. Luego, fue a abrir la recia hoja de vidrio blindado. Frank Loomish entró con rapidez y cerró tras de sí. El vigilante le contempló, absorto, y evidentemente algo inquieto.

—Si sólo queda media hora, será mejor apresurarse, agente... Loomish.

—Sí, eso será lo mejor —afirmó Frank—. Lléveme los archivos.

—¿Los archivos? —El otro frunció el ceño—. ¿Por qué allí?

—Al comunicante se le escapó algo. Parece ser que fue allí donde puso el artefacto. Es mejor que miremos primero en ese lugar.

—Bien, sígame —y abrió paso, presuroso por resolver lo antes posible el angustioso problema.

Atravesaron corredores y oficinas desiertas, con los muros casi siempre cubiertos por grandes desnudos femeninos de todo tipo. Llegaron a una puerta, que el vigilante abrió con una llave de un manojo, y entraron. Era una cámara cuadrangular, sin ventanas, dotada de diversos muebles metálicos, todos ellos archivadores rotulados con las iniciales correspondientes a sus *dossiers*.

Rápido, Frank se fijó en el archivador donde aparecía la letra T, junto con otras varias. Estaba casi al final y el patrullero decidió con rapidez, señalando el último archivador de aquel lado:

—Usted registre ahí con cuidado, sin tocar nada si ve algún objeto insólito. Yo miraré dentro del otro mientras tanto.

—¿Y si estalla al abrir? —dudó, temeroso, el vigilante.

—No. Es un explosivo de relojería. No explota por contacto o percusión. Vamos, busquemos enseguida... Los artificieros llegarán en cosa de cinco minutos.

El vigilante usó de nuevo sus llaves para abrir los ficheros. Frank no perdía detalle. Comenzó la búsqueda. Las manos del empleado temblaban de forma ostensible al revisar los *dossiers* y carpetas allí alineados.

Loomish hizo igual en el suyo. Todos incluían series fotográficas de mujeres desnudas. Había modelos, *starlets*, espontáneas, lectoras y concursantes. En la letra T., halló el *dossier* de Brenda Trent. Sin sacarlo, como si buscara febrilmente, revisó su contenido: la fotografía original de Brenda, desnuda de cintura para arriba, pero

viéndose allí su rostro. Sintió una dolorosa convulsión. Examinó los datos inscritos, y todo lo demás. Luego, bruscamente, gritó, tras hurgar un instante en su bolsillo de modo disimulado:

—¡Aquí está!

Y alzó en su mano, como si hubiera salido del archivador, un envoltorio oscuro, en plástico, que podía contener alguna cosa, incluso un explosivo. Pero que sólo llevaba dentro una lámpara eléctrica y algunos objetos de su guantera, bien atados con el plástico negro.

El vigilante miró el envoltorio, entre horrorizado y aliviado. Rápido, Frank se dirigió a un teléfono inmediato, pidiendo al empleado:

—¿Hay línea directa con el exterior?

—Sí, sí... ¿A quién va a llamar? Cuidado, no se le caiga...

—No tema. Tengo firme el pulso. No podemos desenvolverlo ahora. Podría estallar. Pero ya tampoco hacen falta aquí los artificieros. Esto está resuelto...

Descolgó, marcó un número imaginario y habló con rapidez, como si lo hiciera con un radioteléfono policial, pidiendo que regresaran los especialistas a la estación policial, porque ya tenía el artefacto y disponía de veinticinco minutos para deshacerse de él sin peligro. El vigilante, trémulo, no le perdía de vista, pero no podía saber que no estaba hablando absolutamente con nadie.

Colgó, y manteniendo cuidadosamente el falso explosivo en una mano, miró gravemente al vigilante, para preguntarle:

—¿Cómo pudo entrar aquí el dinamitero? Si sólo usted tiene llaves de la puerta y de los archivadores.

—También las tiene el señor Parrish, el director —se apresuró a decir el vigilante, sin dejar de mirar el envoltorio negro—. Y el señor Kennedy, el redactor-jefe.

—¿Nadie más?

—No, del archivo, nadie más. Ahí figuran datos confidenciales de muchas chicas, y lo guardan todo muy celosamente. No entiendo cómo alguien pudo llegar aquí y poner eso ahí dentro, la verdad...

—Sin duda, alguien se hizo un duplicado, sin saberlo el señor Parrish ni el señor Kennedy. ¿Pudo ser de su juego, vigilante?

—¿Del mío? No, no... —Tragó saliva, señalando el envoltorio—. ¿No sería mejor... deshacerse antes de eso y preguntar luego, señor

Loomish?

—No tenga miedo. Me sobra tiempo para desconectarlo. Ya no hay riesgo. Responda, por favor, y me iré enseguida con este maldito artefacto.

—Pues no, no pudo ser de mis llaves. Las tengo siempre en mi casa, y las traigo al venir al trabajo. Las guardo bajo llave celosamente. Y vivo solo con mi esposa...

—¿Y los señores Parrish y Kennedy? ¿Dónde guardan esas llaves?

—Siempre consigo. En sus propios llaveros, yo lo he visto.

—¿Ningún otro redactor tiene acceso a los archivos?

—Ninguno, señor. Si hace falta una determinada fotografía, viene el señor Kennedy a por ella, o hace una copia en esa máquina... —señaló una máquina para obtener copias fotográficas especiales, al fondo de la sala—. Está prohibido manipular fotos y fichas. Es una norma severísima de la empresa, señor.

—Bien, gracias por el informe. Me marchó ya, amigo. Y gracias por su colaboración. Ha sido muy valeroso y muy útil. Mencionaré esto en el Departamento. Buenas noches.

El vigilante, lleno de profundo alivio, acompañó al visitante a la salida, y Frank Loomish abandonó la redacción del *Sex Magazine*, llevándose consigo el imaginario artefacto que le había servido de pretexto para llegar a los archivos y, de paso, enterarse así de que solamente tres personas tenían acceso al mismo: el vigilante nocturno, el director de la publicación, Parrish, y el redactor-jefe, Kennedy. Nadie más.

¿Dónde estuvo la filtración posible para que un loco llegase a conocer la identidad real de la ganadora del concurso de belleza torácica?

¿O no hubo tal filtración indiscreta, y uno de los dos editores era el enfermo sexual?

Eso era lo que tenía que descubrir a continuación. Sus métodos no eran ortodoxos ni reglamentarios. No seguía la rutina machacona y profesional del teniente Harris, sino artimañas y trucos propios de un patrullero con problemas. Pero confiaba en llegar antes a una solución. Y lo deseaba con toda el alma, además.

El funeral había terminado.

Fue sencillo, emotivo y penoso, como todos los funerales.

Brenda Trent descendió a la fosa en su féretro, en medio de un patético silencio que rompió un sollozo de su hermana Lizza y, algo más tarde, el llanto apagado de la infortunada tía Helen.

Frank asistía, junto a sus compañeros y superiores de la estación de policía, fija su mirada en la fosa. No lejos de él, el teniente Harris también asistía al acto fúnebre, pero sus miradas se distribuían entre él y la tumba.

Cuando hubieron abandonado el cementerio, el funcionario de policía se aproximó a Frank con paso firme. Puso su mano en el hombro del joven patrullero. Los demás de la patrulla se apartaron discretamente, al comprender que quería hablarle.

—Bien, Frank, muchacho —habló el teniente—. Ya pasó todo. Ahora, a construir un futuro diferente, y a tratar de olvidar el pasado lo más posible.

—Sí, teniente. Eso es fácil de decir pero no tanto de hacer...

—Lo sé —le estaba mirando muy fijamente—. ¿Y le han dado vacaciones oficialmente?

—Sí —suspiró Frank—. Me lo dijo el capitán Ballow, antes de comenzar el funeral.

—Entonces, ahora no debe infringir las órdenes —avisó severamente Harris—. No busque más explosivos en ninguna parte, ¿entendido?

Frank alzó los ojos. Miró al teniente con fijeza. Éste sonrió, meneando la cabeza.

—Vamos, vamos. Tenía que enterarme. Los del Sex andan locos tratando de hallar al oficial de policía que les libró de esa supuesta bomba. El vigilante dijo que se llamaba Loomish o algo así. No era difícil imaginar el resto, ¿eh?

—No, supongo que no. Es su trabajo, teniente.

—Pues quiero que siga siéndolo. Por completo. Quien investiga soy yo, no los patrulleros. Estamos para eso, Frank. Es nuestro trabajo, y sabemos hacerlo, mejor o peor. Pasaré por alto lo de anoche en el Sex, pero no lo repita. Ya no. Oficialmente está fuera de la policía por unas semanas, muchacho. Hágame caso y vaya a alguna parte, fuera de Los Ángeles. Un sitio donde distraerse.

—Lo intentaré. Pero no es seguro que lo haga.

—Haga lo que haga, no se meta en este asunto —resopló—. Supongo que no necesita que le explique nada sobre el archivo del

Sex. Usted ya lo sabe todo.

—No todo. Desconozco cómo son las personas que tienen acceso a él.

—Respetables, Frank. Muy respetables y fuera de toda sospecha. Tendré que buscar en otra dirección. Glenn Parrish es un hombre viudo, sin más familia que un hermano artista, con amiguitas fáciles y una vida normal. No es la clase de hombres con represiones sexuales. Su médico me ha hablado de él. Tiene una salud de hierro. Física y mental. En cuanto a Ralph Kennedy, el redactor-jefe, es un hombre casado, con dos hijos de once y nueve años respectivamente, bonachón y afable, indiferente a los encantos del sexo, pero que se dedica a éste porque es su trabajo en esa editorial. No hay nada en él que le haga sospechoso. Su esposa está enferma desde que fue operada hace dos años de un tumor benigno, más a causa de nervios y cosas así que de dolencia real alguna, y él la cuida amorosamente día y noche. Ahí termina nuestra lista. Nadie puede tocar ese archivo. De modo que el asunto del *Sex Magazine* queda descartado. Debo investigar en otra dirección para hallar al agresor de Brenda.

—Sí, entiendo. Gracias por los informes, teniente.

—Oh, de nada. Prefiero dárselos yo, a tener que denunciar a sus jefes que usted molestó antirreglamentariamente a alguno de esos respetables ciudadanos. Quiero evitarle líos, Frank. Ayúdeme, si le es posible. Le garantizo que terminaremos por coger al culpable, tarde o temprano, sin necesidad de que usted se sienta un vengador de novela barata, amigo mío.

—Está bien, teniente. Agradezco su interés. Creo que no nos cruzaremos más en el mismo camino. Estoy seguro de ello. Buenos días...

Se alejó en aquel domingo soleado y tibio, aunque algo húmedo, de regreso a la ciudad. Lizza y tía Helen le aguardaban en el coche. Los demás patrulleros le dieron palmadas y abrazos de afecto. Harris meneó la cabeza, viéndolo partir.

—No sé... —Gruñó—. Debería sentirme tranquilo con lo que ha dicho y, sin embargo... Sin embargo, algo me dice que Frank Loomish no renuncia a buscar por su cuenta al asesino...

El teniente Harris tenía razón en sus temores. Su instinto profesional no le engañaba. Frank Loomish pensaba seguir su

búsqueda.

Sólo que no le había mentido al oficial de Homicidios. No se cruzarían sus caminos, si el teniente investigaba por otro lado. Porque Frank seguía convencido de algo: la clave de todo estaba en el *Sex Magazine* y en aquel archivo.

Y él sí iba a seguir investigando en esa dirección, aunque pareciera que habían llegado a un callejón sin salida.

Era una bonita casa ajardinada, en Belvedere, ya cerca de Montebello. A espaldas de Beverly Boulevard, en una urbanización moderna, llamada Lincoln Fields.

De sólo dos plantas, tejado de pizarra y porche colonial, el jardín que la rodeaba aparecía cuidado y pulcro, como si alguien se ocupara amorosamente de él. Aquel lunes, como todos los días laborables, sin duda alguna, Ralph Kennedy, redactor-jefe de la revista erótica *Sex Magazine*, asomó con un maletín de ejecutivo en la puerta de la casa, besó a su mujer, y se encaminó al garaje, para tomar el coche color marrón metalizado, que debía conducirlo al centro urbano.

Ella salió al sendero de grava, ataviada con un «mono» azul sobre su camisa a cuadros, y llevando en las manos unas herramientas de jardinería y unas semillas. Ataba a su cabeza un pañuelo de colores, sin duda para mantener limpio el cabello.

Cuando él se alejaba *bulevar* adelante en su coche, ella agitaba su brazo tras la cerca, despidiéndole cariñosamente. El automóvil se perdió tras una curva. La mujer volvió al interior del jardín, disponiéndose a trabajar en sus cultivos.

Frank Loomish la vio arrodillarse junto a unos setos y unas bellas azaleas alineadas ante el porche. Abrió la portezuela de su coche, aparcado frente a la casa desde primeras horas matinales, y cruzó resueltamente la calzada. Iba vestido de patrullero, a pesar de que estaba fuera de servicio por permiso de vacaciones. Su coche no era de las patrullas policiales, pero le aplicó la luz roja del techo antes de salir de él, si bien manteniéndola apagada.

Luego avanzó hacia la casa, abriendo su libreta como si estuviera apuntando algo, lápiz en ristre. Se detuvo junto a la cerca, mirando en torno atentamente, con aire de duda. Ella advirtió su presencia. Se incorporó a medias, dejando las semillas en tierra, y terminó por preguntarle:

—¿Busca algo, agente?

Él se hizo el sorprendido. La miró, asintiendo luego con viveza. Se apoyó en la cerca pintada de verde, y sonrió, tratando de mostrarse lo más cortés posible.

—Pues sí, señora. Es un servicio especial. Tengo a varios compañeros patrullando esta misma zona. Buscamos a un hombre alto, de gabardina gris, con cabello canoso y gafas de sol de montura metálica... ¿Ha visto a alguien parecido por los alrededores?

—No, seguro que no —movió ella la cabeza de lado a lado—. Cierto que acabo de salir al jardín, pero he estado desayunando con mi esposo en la salita, y el ventanal da directamente sobre el *bulevar*. Le hubiera advertido, si hubiese visto a alguien así, estoy segura.

—Bien, en ese caso, perdone la molestia, señora. Estamos ocupando coches sin apariencia de pertenecer a la policía, para pasar más desapercibidos. Ese hombre es peligroso. Si lo ve, avise enseguida a la policía.

—Tenga por cierto que lo haré —afirmó ella, profundamente intrigada ya, como Frank suponía—. ¿Qué clase de hombre es? ¿Un delincuente, un criminal?

—Quizá todo ello. Está reclamado por diversas ciudades de California. Es un enfermo mental, un psicópata. Evadido de un centro psiquiátrico de San Diego.

—Dios mío... —Se estremeció ella, entornando los ojos—. Un loco...

—Bueno, los médicos dicen que no es exactamente un loco, sino un enfermo que sufre crisis psíquicas. Yo, personalmente, no le veo mucho la diferencia, porque todo lo que conozco al respecto es a mi hermana, que sufre una dolencia nerviosa, pero nada grave.

—Yo, por desgracia, sé también algo de eso —suspiró la señora Kennedy, dejando sus largas y afiladas podaderas sobre un seto—. También estoy enferma de los nervios.

—¿Usted? —fingió asombro Loomish—. ¡Pero si es la viva imagen de la salud, señora!

—Es sólo apariencia —sonrió ella con tristeza—. Los nervios, a veces, no se manifiestan claramente. Pero son una dolencia molesta y de difícil curación. Usted debe saberlo, si tiene una hermana

enferma.

—El médico dice que es una simple psicosis que podrá curar. Le viene de un accidente que le provocó un *shock* muy fuerte... ¿También a usted le pasó algo así, señora?

—Algo parecido, aunque no exactamente —suspiró la dama, meneando la cabeza—. Dijeron que tenía un tumor. Me operaron. Resultó que el tumor era benigno, pero yo siempre pensé que era un cáncer. Eso trastornó mi equilibrio. Y la operación...

Se detuvo. Se mordió el labio inferior, como si dudase en seguir. Al fin, dijo con cierta acritud:

—En fin, vale más no hablar de ello, agente. Usted no está aquí para oír cosas de éstas.

—Oh, no se preocupe —sonrió encantadoramente Frank, sabiendo que su físico viril y atractivo poseía un cierto encanto para las mujeres—. Tenemos rodeada la zona, el tipo no escapará. Por otro lado, señora, mi hermana fue advertida de todo lo contrario por el psiquiatra. Dice que hablando de sus problemas, puede sentirse mejor de su dolencia nerviosa. Y eso es lo que hace siempre.

—Quizá ese médico tenga razón, pero hay cosas que resultan demasiado dolorosas y terribles de recordar. Guardo muy mal recuerdo de aquel médico. Del cirujano, quiero decir.

—¿Le dejó una cicatriz demasiado grande, quizá? Es lo que más asusta a las mujeres, lo sé por experiencia. Mi prometida ha de operarse este próximo mes, y está preocupadísima con eso.

—No, no es la cicatriz. Es que él... se equivocó, ¿sabe? —La señora Kennedy parecía capaz de sincerarse con él espontáneamente—. Lo que dijo que era un tumor maligno, no fue tal. No necesitaba operar, mutilarme... pero lo hizo.

—Ya —Frank procuró dominar su excitación, el brillo de sus ojos—. Mutilar por error, es mucho peor, señora. Si oyera eso mi novia... Ya no iba al quirófano, seguro.

—Será mejor que se asegure antes, aunque errores así no se cometen siempre, y menos por parte de buenos cirujanos. Pero yo tuve mala fortuna, agente.

Frank observó su busto, completamente normal, y se preguntó si la mutilación quirúrgica no habría sido en sus órganos genitales o algo así. Trató de apurar al máximo su hábil investigación.

—Pues ella también va a un buen médico. Bastante caro... Sólo faltaría que fuese el mismo que se equivocó con usted, señora.

—Dios no lo quiera —le miró—. ¿Sabe el nombre de ese cirujano?

—Ni idea. Sé que tiene la consulta en la mejor zona de Los Ángeles, pero no sé mucho más. Creo que me lo habrá dicho cien veces, pero nunca recuerdo esas cosas...

—Si oye su nombre, lo recordará fácilmente. Se llama Saint Jacques. Milburn St. Jacques, cirugía general y especialización en tumores de todo tipo...

—St. Jacques, ¿eh? Seguro que lo recordaré, señora, y se lo diré hoy mismo a mi novia. Bien, no la molesto más. Siga con sus semillas. Y no tema nada. Andaremos por aquí todo el día, aunque no se nos vea. Ese tipo no irá lejos. Buenos días...

Ella inclinó la cabeza. Tenía la expresión pensativa y sombría desde que hablara de sus problemas médicos. Frank regresó calmadamente a su coche, anotando algo en el bloc. Pero no era nada relacionado con su ficticio caballero de gafas oscuras y gabardina gris, sino un nombre:

«Doctor Milburn St. Jacques, cirujano».

CAPÍTULO V

—Sí, yo soy el doctor Milburn St. Jacques. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Loomish, Frank Loomish —dijo él con naturalidad.

—Bien, señor Loomish. Siéntese. Usted dirá lo que le ocurre...

—Verá, doctor. Recientemente he empezado a notar un pequeño bulto, y temo que pueda ser un tumor. Como he sabido que usted es especialista en tales cosas.

—Veamos, ¿dónde localizó exactamente ese bulto?

—En una ingle. No es una hernia, porque me ha visto ya mi médico, y él es quien me aconsejó que viese a alguien como usted sin perder tiempo.

—Ya. ¿Le envía a mí ese doctor? Quiero decir si le dio mi nombre...

—No, no. Supe su nombre a través de un buen amigo, el señor Kennedy.

—¿Kennedy? —arrugó el señor el doctor St. Jacques, mirándole pensativo—. ¿Quién es él? Tengo tantos pacientes, que no puedo recordar así.

—Ralph Kennedy, redactor-jefe de una revista erótica. Usted operó a su esposa, ¿no lo recuerda ya? De un tumor.

De pronto, el rostro del médico se había puesto tenso. Sus ojos tenían un aire de cautela y de duda. Le miró con mayor interés, insistiendo:

—Y... ¿y es ella quien le envía a mí? ¿O su esposo, tal vez?

—Tampoco —sonrió Loomish con aire inocente—. Pero les oí citar un día su nombre... y lo recordé hoy. Por eso estoy aquí.

—Entiendo —se frotó el mentón, pareciendo entender realmente mucho mejor la situación ahora—. Bien, pase al gabinete inmediato y despójese de la ropa, por favor. Examinaré ese bulto enseguida...

En aquel momento, asomó una enfermera a la puerta del

consultorio, anunciando:

—Doctor, hay un caballero que le espera en la puerta. Es un patrullero de la policía metropolitana. Al parecer, tiene algo urgente que decirle...

—¿Un patrullero? ¿A mí? —El médico se mostró entre sorprendido y alarmado—. Bien, ya voy, señorita. Usted pase al gabinete, se lo ruego. Enseguida regreso...

Frank asintió, pasando al gabinete de consulta. Sonrió para sí, cuando el médico abandonó su despacho. Buen chico su compañero McCoy. Se había prestado a hacer aquel trabajo para él, sin preguntarle los motivos. Bastó que Frank se lo pidiera, fijándole la hora exacta de la intervención. Y cuando había dejado la sala de espera para ser recibido por el médico, una señal por la ventana había sido suficiente para que el buen McCoy actuara. Y había sido preciso, puntual como él deseaba.

Regresó con rapidez al despacho. Al menos, McCoy entretendría al médico unos minutos mientras discutían sobre la razón o no que tuvo para multarle por estacionamiento indebido del coche del médico ante una boca de riego. Frank se había ocupado de ese punto, antes de subir a la consulta, previamente fijada por teléfono con carácter de urgencia, empujando el vehículo a nombre de Milburn St. Jacques hasta el punto de infracción. Vio sobre la mesa, entre unos papeles, una carterita de fósforos de un club nocturno de dudoso nombre, el

Gay's

Pub.

Se aproximó al mueble metálico que el médico tenía tras su mesa. Un archivador repleto de fichas y datos sobre sus pacientes, en los que Frank tenía que ejercer una violación necesaria. Buscó la letra K con rapidez, y pasó varias carpetas. Había hasta cinco pacientes con apellido Kennedy. Tres eran hombres. Dos, mujeres. No sabía el nombre de la esposa de Ralph Kennedy, de modo que hurgó en ambas fichas, una a nombre de Stella Kennedy, y la otra de Fay.

Esta última resultó ser la que buscaba. Esposa de Ralph Kennedy, residente en Belvedere y con cuarenta años de edad. La otra era una anciana de sesenta y siete años, víctima de tumores cerebrales.

Abrió el *dossier*. Se encaró con el diagnóstico inicial, subrayando en rojo: cáncer. Luego, se había rectificado al final de la tarjeta del fichero:

«Error en diagnóstico previo. Tumor benigno, en ambas mamas. La paciente ha sido operada, con extirpación de los dos senos. Se le ocultó el error a la paciente, pero parece que va a ir a otro especialista para confirmar nuestra diagnosis».

Se quedó petrificado. Extirpación de ambos senos. La señora Kennedy no tenía pechos. Lo que él viera dibujado bajo la camisa a cuadros y el «mono» azul, eran sólo piezas postizas...

Aún no había tenido tiempo de guardar el *dossier* en su sitio, cuando la puerta se abrió de pronto.

El doctor Saint Jacques en persona se quedó mirándole fríamente, con una expresión de estupor e ira en su rostro. Los ojos le llamearon, al advertir lo que tenía en sus manos y descubrir el archivador abierto.

—¿Qué significa esto? —jadeó roncamente—. ¿Qué hace usted?

—Lo siento, doctor. Regresó demasiado pronto —dijo Loomish con frialdad, cerrando el *dossier* de Fay Kennedy y reintegrándolo a su lugar. Cerró el archivador y miró con agresividad al médico—. Ya veo la clase de error que cometió con un paciente.

—¿Quién es usted, exactamente, y a qué ha venido aquí? ¿Le envía acaso la señora Kennedy, o es idea de su esposo? Sea como sea, esto supone un grave delito: engaño, abuso de confianza, intromisión en documentos privados, violación del secreto profesional Voy a llamar a la policía, y se lo explicará usted a ellos, señor Loomish.

—No malgaste su tiempo —dijo Frank secamente. Mostró su credencial, cuidando de que no viese su exacta tarea policial—. Yo soy la policía.

Y añadió, con cínica sangre fría, jugándose el todo por el todo:

—Departamento de Homicidios, doctor St. Jacques.

—¿Homicidios? —El médico palideció, balbuceando la palabra con incredulidad, y detuvo su mano sobre el teléfono, indeciso—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Frank guardó su credencial, disimulando una sonrisa. Ya había

ganado la escaramuza. La palabra homicidio sobresaltaba e inquietaba al cirujano. ¿Por qué?

—Investigamos una muerte, doctor. Alguien privó de sus senos a una mujer en Lafayette Park. Fue obra de un experto. Quizá un cirujano.

—¿Se han vuelto locos? —balbuceó el médico, con verdadero aire angustiado—. ¿Por qué habría de tener yo nada que ver en semejante hecho? ¡Soy un médico honesto y respetable!

—Pero comete trágicos errores. Errores que pueden provocar un extraño trauma en una mente poco equilibrada, doctor. ¿O ni siquiera fue un error... y le extirpó usted los senos intencionadamente, aun sabiendo que no era preciso hacerlo, por no padecer de cáncer alguno la señora Kennedy? Sin duda debía de tenerlos muy bellos, a juzgar por el resto de su figura... ¿Odia usted los pechos femeninos por alguna razón, doctor St. Jacques?

—Esto es una incongruencia. No tiene sentido lo que dice —jadeó él, exasperado—. ¿Me va a acusar oficialmente de semejante aberración, señor Loomish?

—Todavía no, doctor. Pero seguimos investigando su vida privada y profesional. Si hallamos algo contra usted, no dude de que será arrestado como sospechoso de asesinato. Buenas tardes, doctor. Volveremos a vernos sin duda.

Salió tranquilamente, cerrando la puerta tras de sí. Al hombre que dejara allí tras él le había cambiado bastante el semblante y su inicial seguridad en sí mismo. Parecía una piltrafa.

Se encontró con el patrullero McCoy en la calle. Éste le saludó, sonriendo, desde el coche patrulla. Frank se aproximó a él.

—Gracias por el favor, amigo —dijo—. Te lo pedí porque...

—No, no —le interrumpió vivamente McCoy—. No quiero que me digas nada. Así, en buena ley, y honestamente, no podré decir nada al capitán Ballow, si él me pregunta por lo de hoy. Lo peor es que ese tipo pagó la multa sin rechistar, y ni siquiera quiso discutir, volviendo rápidamente adentro. ¿Eso te complicó las cosas, Frank?

—Un poco —sonrió Loomish—. Pero lo pude arreglar bastante bien.

—Lo celebro. Hasta siempre, Frank. Y ten cuidado con lo que haces. Creo que ni el capitán Ballow ni los de Homicidios se fían demasiado de ti en este asunto... y sospecho que con razón.

—Me cuidaré, gracias. Adiós, amigo —le palmeó afectuosamente, y el patrullero se alejó con una sonrisa cordial en su rostro, perdiéndose entre el nutrido tráfico de Wilshire.

Frank Loomish, que esta vez había vestido de paisano nuevamente, anotó algunas cosas en su bloc de apuntes.

Ahora tenía demasiados sospechosos. Ralph Kennedy, el redactor-jefe, que poseía las llaves del archivo del *Sex Magazine*. Su esposa, despojada de pechos por el error de un cirujano. Y el propio cirujano, culpable del tremendo error... o del intencionado mutilamiento.

Y aún tenía que ver a alguien más: a Glenn Parrish, editor y director del *Sex Magazine*.

A él, y a un hermano que tenía, artista de profesión. Lo que ignoraba aún es de qué clase de arte se trataba.

Escultura.

El hermano de Glenn Parrish era escultor. Se llamaba Calvin Parrish, y tenía su estudio en Palos Verdes Estates. Exactamente en Palos Verdes Drive North, cerca de Lomita. Un edificio sin duda muy soleado y lleno de luz, donde crear sus obras de arte.

Su nombre figuraba, junto con su profesión, en la puerta de la casa y en el buzón de la cerca de acceso al recinto ajardinado.

Había seguido hasta allí en su coche a Glenn Parrish, el hombre sin otra familia que su hermano artista. Para ello había necesitado perder gran parte del martes en la vigilancia del editor que, finalmente, se encaminó a Palos Verdes para visitar a su hermano, a la hora del almuerzo.

Ambos salieron poco después del edificio. Evidentemente, tenía que ser Calvin Parrish porque, aunque algo más joven, el parecido entre ambos era notable. Se advertía, sin embargo, en los ademanes de Calvin, un nerviosismo, una excitación mayor que en su pausado y tranquilo hermano, cosa muy propia en los artistas.

Les vio salir de la casa, subiendo ambos al coche del editor, y observó cómo se dirigían hacia la costa, sin duda a almorzar en uno de los numerosos restaurantes especializados en mariscos y pescado.

Al salir, Calvin había dado vuelta a la llave de la puerta, prueba indudable de que vivía solo y la casa quedaba ahora sin ocupantes. Resueltamente, Frank salió de su coche y avanzó hacia el edificio sin una sola vacilación.

Se detuvo un momento ante la cerca, y miró a los edificios vecinos. Ahora no llevaba uniforme de patrullero y, si saltaba alegremente la valla, podía despertar la alarma de algún inoportuno testigo, que llamase a la policía.

No quería tener que justificarse ante Ballow o ante Harris, de modo que rodeó el edificio y logró hallar un acceso más discreto entre unos setos, pasando así de ese modo junto a una verja que escaló fácilmente, saltando al interior del recinto.

Caminando entre un anexo destinado a herramientas y objetos en desuso, el garaje y la casa, llegó al fin a la puerta posterior de ésta, que daba a la cocina. La probó. Estaba cerrada.

Rompió un vidrio tras envolverse el puño en un pañuelo, y accionó el pestillo desde fuera, a través del boquete, franqueándose así el paso, ya que la puerta no tenía cerradura. Pasó al interior. No se percibía ni el más leve ruido en ninguna parte de la casa.

Alcanzó las dependencias delanteras, pero no observó nada de interés en el *living*, la salita, el recibidor ni el pasillo. Miró hacia la escalera ascendiente. Y subió sin vacilar.

En la planta alta, la mayor parte del piso estaba destinada a estudio de trabajo, con la sola excepción de dos dormitorios, uno de ellos con trazas de no usarse, y otro con la cama todavía deshecha. Había numerosas puntas de cigarrillos amontonadas en un cenicero repleto de ceniza. Existía desorden y abandono por doquier.

Entre ambos dormitorios, se hallaban dos aseos gemelos. Y luego, el estudio del escultor.

Se quedó contemplando la vasta nave, repleta de tragaluces y ventanales que bañaban en claridad el lugar. Había infinidad de figuras a medio hacer, otras terminadas, y algunas cubiertas por grandes trozos de lienzo. Herramientas de esculpir, arcilla, yeso y escayola, así como bloques de piedra, eran visibles por doquier.

Frank contempló las esculturas. Sin duda eran encargos o piezas para alguna exposición. Calvin Parrish utilizaba indistintamente técnicas modernistas o clásicas, con absoluta desenvoltura. Pero su estilo estaba marcado por una estilización quizá exagerada, que convertía sus figuras humanas y sus animales en afiladas criaturas irreales, como apuntando a los cielos, igual que raros cipreses tallados en piedra.

Intrigado, se aproximó a las figuras tapadas por los lienzos. ¿Por

qué escondía tantas obras en hilera el autor, con aquellas telas por encima? ¿Las cuidaba a los ojos de posibles visitantes, o se sentía avergonzado de ellas por alguna razón estética?

Quiso saberlo por sí mismo, y tiró de un lienzo con su proverbial decisión.

Se quedó absorto. Notó un leve escalofrío.

Había descubierto tres figuras bajo la tela elegida. Tres mujeres con el estilo peculiar del autor.

Y las tres sin pechos.

Perplejo, observó los torsos femeninos, desprovistos de toda turgencia, simplemente lisos, sin prominencias ni tan siquiera pezones.

Sin embargo, los rostros, el cabello, los cuerpos e incluso su sexo, eran claramente femeninos. Algunos, incluso de rotundas curvas.

Pero sin senos.

Presa de una repentina intuición, Frank Loomish arrancó el resto de las telas que envolvían hasta más de una docena de figuras.

Como sospechara, todas eran femeninas.

Y todas sin pecho.

Las contempló largamente, como si estuviera mirando espectrales seres llegados de otra dimensión para confundirle y aterrarle. ¿Por qué aquella obsesión del escultor para desposeer a sus figuras femeninas de todo atributo mamario? ¿Qué tenía Parrish contra los senos femeninos?

Estaba aún con su mirada fija en aquellas inexplicables figuras de mujeres lisas y extrañas, cuando de repente, algo estalló en su cráneo violentamente, y el suelo vino a su encuentro.

CAPÍTULO VI

El ataque había sido demasiado imprevisto para poderlo prever y evitar.

Frank cayó de bruces, golpeando el suelo violentamente, tras aquella especie de impacto devastador en su nuca.

Notó que brillaban miles de lucecillas ante sus ojos aturcidos, y tuvo miedo de perder la noción de todo y hundirse en la inconsciencia. Quizá por ello, fieramente, se revolcó en el suelo, volviéndose de cara a su agresor.

Lo vio deformado, como si sus ojos fuesen un objetivo fotográfico al estilo «ojo de pez», viniendo hacia él, enfurecido, mientras enarbolaba un buril con el que, sin duda, le había golpeado previamente.

Era Calvin Parrish.

Se había equivocado con él. No fue a almorzar con su hermano, o tal vez regresó de repente por alguna razón inconcreta. Y le había sorprendido en su estudio. Era normal que le atacara como a un intruso. No podía saber que era un policía.

—¡Espere! —jadeó Frank, alzando sus manos—. ¡No me golpee! ¡Soy policía!

Si esperaba que eso iba a calmar a su agresor, se llevó un gran chasco, porque ello más bien pareció espolear en mayor grado la furia de su adversario, que emitió un gruñido ronco, colérico, y se precipitó sobre él como un alud.

Loomish logró encoger sus piernas y dispararlas después con toda la fuerza de que era capaz, que no era ciertamente demasiada en estos momentos.

Pero tampoco el artista era un prodigio de poder físico, por suerte para él, y el doble impacto de aquellos pies en su estómago, hizo sus estragos. Emitiendo un grito ronco, y boqueando para buscar aire con desesperación, Calvin Parrish retrocedió,

tambaleante, e incluso soltó el buril de pesado mango.

Eso dio a Frank la pausa que necesitaba para recuperarse del ataque, y se apoyó en una de las figuras de mujer sin pechos, para incorporarse, todavía vacilante, entiendo un agudo dolor en su cráneo y una sospechosa humedad en sus cabellos, allí donde golpeará el mango del buril.

Se tocó, y retiró sus dedos manchados de sangre. Miró con ira al escultor y, cuando observó que éste pretendía atacarle de nuevo con renovados bríos, no vaciló ya en su acción.

Extrajo con rapidez su reglamentario «38», que llevaba siempre consigo desde que iniciara la investigación del asesinato de su prometida, y encañonó al escultor que, presa de violento sobresalto ante la presencia del arma, se detuvo en seco, indeciso.

—Ni un movimiento, o le vuelo la cabeza, Parrish —avisó fríamente Loomish.

—¿Qué diablos hace en mi casa? —rugió el escultor—. ¡No tiene derecho a entrar en ella!

—Ni usted a atacarme aun sabiendo que soy policía.

—No lo sé. Usted lo ha dicho. Podría ser una artimaña. Obra como un delincuente, no como un policía.

—Un delincuente no examinaría sus esculturas, Parrish. Y menos aun las que no tienen senos. ¿Por qué esculpe así? ¿Por qué odia los pechos femeninos hasta el punto de eliminarlos de sus obras de arte?

—Eso a usted le tiene sin cuidado. No lo entendería. Cada artista trabaja conforme a su inspiración, maldito polizonte.

—Yo no le llamaría inspiración a eso, sino morbo.

—¿Morbo? —El rostro del escultor se mostró más nervioso y crispado que nunca. Tenía los ojos muy azules, y le miró con sobresalto—. ¿Qué diablos dice?

—Usted lo sabe. Tiene algo dentro de usted que le dicta esas obras irreales, privando a sus mujeres de piedra, arcilla o mármol del atributo femenino de sus senos. ¿Por qué? Porque algo en su mente le dicta esas obras. Algo que, tal vez, también le incitó a matar a una mujer y mutilar luego sus senos...

—¡Eh, al diablo con eso! —aulló el escultor, furioso—. ¡No me culpará a mí de ese asesinato!

—Vaya. Parece saber muy bien a qué asesinato me refiero...

—¡Cómo no voy a saberlo! ¡Lo ha publicado la prensa, lo ha dado la televisión repetidas veces! —aulló Parrish, airado—. ¡Todo el mundo sabe de ese crimen, no me venga ahora con monsergas! ¡No van a colgarme ese sambenito, sólo porque me gusta una determinada forma artística!

—Veremos si eso es cierto, Parrish. De momento es usted el principal sospechoso. Y de eso no va a librarse tan fácilmente. Tiene detrás a la policía. Será mejor que sea inocente, porque de otro modo... terminará cayendo.

Y se encaminó a la puerta, con frialdad, sin dejar de encañonar al escultor. Antes de salir, ante el medroso mutismo de éste, le lanzó una última andanada todavía:

—Y vaya recordando dónde estuvo la noche del viernes. Le hará falta tener una sólida coartada, Parrish.

—¡Estuve toda la noche trabajando en mis figuras! —rugió él.

—¿Solo?

—¡Siempre trabajo solo, maldita sea!

—Mal asunto, entonces. Puede que estuviera trabajando en esas figuras de piedra inanimada, quitándoles sus senos fríos... o puede que estuviese en un parque público, quitándole los senos vivos y calientes a un cadáver de mujer... De eso dependerá que vaya a un manicomio o un presidio de por vida... o que no tenga nada que temer... Vaya pensando en eso.

Salió del estudio del escultor sin que éste reaccionase. De buen grado le hubiera arrestado Frank, llevándole al teniente Harris. Pero modelar sin busto no era un delito. Había otros sospechosos. Lo cierto, sin embargo, es que obsesiva y extrañamente, todo parecía girar en torno a unos senos de mujer en aquel endiablado asunto...

Era un bonito restaurante en Culver City, exactamente a la altura de Overland Avenue, y no lejos de los legendarios Estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer y de los Estudios de Hal Roach. Frente a ellos, parpadeaban las luces de algunos clubs nocturnos y discotecas. Una fina llovizna que había empezado a caer con las primeras sombras de la tarde, convertía el asfalto en un oscuro espejo brillante, donde se reflejaban todas esas luces de forma radiante. Eso, y los innumerables faros de los automóviles que por allí circulaban, hacían del ventanal del restaurante ante el cual estaban ambos sentados, un lugar ameno y distraído.

Pero ninguno de ellos parecía prestar demasiada atención al exterior. Sentados el uno frente al otro, sepáralos por el jarrito de flores y la vela de la graciosa y pintoresca lámpara, se miraban durante casi todo el tiempo, mientras el camarero les iba sirviendo una cena especialmente compuesta por pescados, e iniciada con una crema de mariscos. Una botella de vino blanco se hallaba junto a las flores, y sus copas estaban mediadas del dorado líquido.

—¿De modo que encontraron al fin el automóvil? —Fue la pregunta de él.

—Sí, Frank —asintió ella—. El teniente Harris, al no tener noticias de su hallazgo por parte alguna, hizo dragar algunos puntos de la costa, especialmente a la altura de Ocean Park y Santa Mónica, que son los lugares costeros más próximos a Lafayette Park. Allí apareció el coche. Unos buzos de la policía dieron con él, sumergido entre los embarcaderos, en una zona bastante solitaria.

—¿Con el reloj dentro?

—Con el reloj dentro —afirmó Lizza con un suspiro.

—¿Huellas, indicios...?

—Poca cosa. Dice el teniente que el mar borra muchas huellas. Eso sí, hallaron sangre en el asiento delantero. Eso parece indicar algo. Están tratando de saber si es sangre del mismo grupo que la de Brenda.

—Si lo es, como imagino, significará que fue atacada inicialmente en el interior del coche, y quizá muerta en él. Luego, el asesino arrojaría su cuerpo al suelo, una vez en el parque, y procedería a mutilarla.

—Sí, imagino que sí —movió la cabeza, tomando un sorbo de vino antes de iniciar la degustación del pescado que acababan de servirles—. De todos modos, eso no ayuda demasiado por el momento. Buscan huellas del asesino, pero es posible que no las haya.

—Sería demasiada fortuna. Probablemente usó guantes.

—Es lo que el teniente cree. Pero tienen que intentarlo todo.

—Sí, claro. Es lo habitual en estos casos, Lizza —comió en silencio durante unos momentos, y su mirada vagó por el exterior, distraídamente. Tras una pausa, apuntó con voz pensativa—: Espero que no te haya importado cenar conmigo esta noche.

—¿Importarme? —La hermana de Brenda enarcó las cejas,

sorprendida—. Por Dios, Frank, para mí ha sido una grata sorpresa que me invitaras. Me encuentro tan sola.

—Sí, yo también —asintió él—. Quería hablar con alguien, exponerle mis ideas, cambiar impresiones... Y tú eres la persona idónea para ello.

—¿Por ser la hermana de Brenda?

—No sólo por eso. Porque te conozco, porque hemos hablado otras veces, y siempre he pensado que eres una chica inteligente y agradable.

—Gracias, Frank. Eso me halaga.

—Es la verdad. A veces, cuando esperaba a Brenda y nos poníamos a conversar, lo cierto es que pasaba rápido el tiempo. Y siempre nos hemos llevado muy bien tú y yo, ¿no es cierto?

—Sí, muy cierto —nerviosamente, el tenedor escapó de manos de Lizza y estuvo a punto de caer. Rápidos, los dedos de Frank Loomish lograron cazar el cubierto a tiempo, y se lo reintegró a ella con una sonrisa. Lizza pareció ligeramente azorada al tomarlo—. Gracias...

—¿Qué opinas de lo que te he contado? —Fue la pregunta de él, tras otro silencio durante el cual solamente sonaron los cubiertos rozando el plato, y el murmullo de conversaciones en el local.

—¿De tus investigaciones?

—De todo ello, sí. ¿Te has formado alguna idea concreto?

—Es difícil hacerlo, Frank. Demasiado complejo todo, ¿no crees?

—Sí, mucho. No sabía que un busto de mujer pudiera crear tantos traumas a la gente. Tenemos a la infortunada señora Kennedy, con su busto postizo, sufriendo el tremendo error del doctor St. Jacques, a este mismo, con ese supuesto error quirúrgico, que quizá es sólo reflejo de una psicosis oculta... e incluso al hermano de Parrish, el escultor que refleja el aborrecimiento o el complejo que le crean los senos de las mujeres, en sus extrañas esculturas desprovistas de torso... No sé, es como ahondar en una ciénaga. Siempre sale fango maloliente. La gente sufre desviaciones y obsesiones muy raras, Lizza.

—Y Brenda tuvo que estar en medio de todo eso. Ella y ese maldito concurso...

—¿El teniente Harris ha desechado todo lo relativo a la revista *Sex Magazine*?

—Cuando menos, no me ha hablado de ello.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Una sola vez. Le dije la verdad: que no te había visto desde el funeral.

—Harris es un viejo zorro. Si sospecha algo de mis actividades, se lo calla. Pero si cometo un error demasiado grave, caerá conmigo con todo el peso de su fuerza, que es mucha.

—¿No estarás arriesgándote demasiado, después de todo? El doctor St. Jacques o el escultor Parrish, podrían haberte denunciado...

—La gente no denuncia fácilmente cuando tiene algo que ocultar, Lizza. Juego con esa circunstancia en todo momento. Tal vez ninguno de ellos sea culpable de asesinato y mutilación, pero actúan como si lo fuesen, porque hay algo culpable en sus conciencias, ya sea consciente o no.

—¿Y si te encuentras con alguien totalmente inocente?

—Entonces es posible que me meta en un lío —sonrió Frank—. Pero hay que correr algunos riesgos.

Ella apartó el plato de sí, y tomó otro sorbo de vino Frank sirvió en ambas copas.

—¿De quién sospechas, exactamente? —se interesó ella.

—No sé qué pensar —suspiró el patrullero, moviendo la cabeza, con su mirada distraídamente fija en las luces del exterior, al otro lado de la calle—. Primero creí haber hallado a mi hombre, cuando supe lo que el doctor St. Jacques había hecho a la señora Kennedy. Parecía todo tan fácil... Luego, pensé que incluso ella misma podía ser culpable de un trauma así.

—¿La señora Kennedy? ¿Por qué? Ella fue la víctima de un error médico...

—Precisamente por eso. Sin duda ha sido siempre una mujer consciente de su belleza tranquila, de su bella figura... A ninguna mujer le gustaría perder estúpidamente unos senos bien formados y naturales, para tener que usar el resto de su vida dos piezas de goma. ¿O sí?

—Cielos, claro que no... —Lizza abrió mucho sus ojos.

—Eso pudo tarar su mente, hacerla odiar de modo instintivo a las demás mujeres que tenían el pecho normal. Un día, tal vez ve a la ganadora del concurso de la revista que dirige su marido, y su

envidia ante aquel busto de mujer llegar a ser enfermiza. Obtiene una copia de la llave del archivo, cuando su marido se niega a revelar el nombre de la ganadora, y en una visita a la redacción del *Sex Magazine*, con cualquier pretexto se acerca allí, logra entrar, y revisa el *dossier*, descubriendo los datos que busca. He observado que los lavabos están justamente al lado de ese archivo, y podría una persona fácilmente tener acceso a los archivos, fingiendo ir al servicio... siempre que esa persona, naturalmente, tuviese la llave para entrar. Nadie se fijaría en ella ni sospecharía nada, puesto que sólo tres personas tienen la llave: el vigilante de noche, el señor Kennedy y el señor Parrish.

—Sigue. ¿Y qué haría después de eso la señora Kennedy?

—Vigilar a la dueña de ese busto que la obsesiona. Y vengar en ella lo que está sufriendo, como podría seguir haciéndolo en otras mujeres, si el trauma continúa creciendo en su atormentada psicología.

Hubo un silencio. Lizza se echó atrás en su asiento, como fascinada. Miró a Frank y movió la cabeza, asustada.

—Dios mío —murmuró—. Lo has contado de un modo que todo parecía real. Como si en vez de exponer una teoría simplemente, estuvieras formulando una acusación concreta ante un juez y un jurado, Frank.

—Por desgracia, sólo es una teoría —sonrió él sombríamente—. Luego he conocido a otra persona poco normal, violenta y extraña: Calvin Parrish, escultor. ¿Por qué modela criaturas femeninas sin pechos? ¿Un complejo, un odio instintivo? ¿O un miedo a enfrentarse con los fantasmas de su cerebro enfermo? Todo podría ser. Él conoce bien la anatomía humana, tan bien como un cirujano. Podría mutilar unos senos femeninos sin dificultad.

—De modo que hay tres sospechosos...

—Tres, sin olvidar a los propios Ralph Kennedy y Glenn Parrish, respectivamente redactor-jefe y editor y director de la revista erótica.

—Creí que ellos estaban descartados.

—¿Por qué motivo? ¿Por ser conocidos, honestos y respetables? He conocido a muchos delincuentes que tenían esa misma fachada. Lo único que me desorienta es que hayan esperado tanto tiempo, tras la publicación de aquella fotografía, para buscar a su

concurante ganadora y matarla. Ellos formaron parte del jurado que la eligió para el premio, lo he comprobado por un número antiguo de su revista.

—De modo que volvemos a esas tres personas...

—Sí, Lizza. No hay otros sospechosos. Brenda no conocía a nadie que despierte mis sospechas, no tuvo ningún amante despechado antes de conocerme a mí... y por tanto no puedo buscar una historia pasional tras ese horrible crimen.

Lizza jugueteó nerviosamente con la servilleta y, de repente, se inclinó hacia él, con expresión preocupada.

—Frank, me alegra que menciones eso ahora. He vuelto a acordarme de algo que anteriormente no recordaba, y olvidé mencionar, tanto al teniente Harris como a ti.

—¿Algo relacionado con Brenda? —Se sobresaltó Loomish.

—Sí.

—¿Y con... otro hombre? —dudó él.

—Sí...

—Cielos, ¿y lo dices ahora?

—Ya té he dicho que no lo había vuelto a recordar. Fue algo tan breve, tan sin importancia, que me pasó totalmente desapercibido en los primeros momentos de confusión. Luego, de pronto, lo recordé el otro día... Fue como evocar una de esas cosas que uno siempre ha sabido, pero que nunca más pasaron por su mente.

—Sigue, cuéntame lo que sea.

—¿De verdad no te enfadas conmigo por ese olvido?

—Claro que no, Lizza —él sonrió, adelantando una mano y apretando cordial y tiernamente las de ella sobre el mantel—. Todos estamos viviendo momentos terribles. Es natural que no podamos pensar en todo. Ahora dime eso que recordaste...

—No tiene gran importancia en realidad. Pero vale la pena que lo sepas. Brand tuvo un pretendiente, algunos meses después de publicarse su fotografía y ganar el premio.

—¿Qué clase de pretendiente?

—Un muchacho joven, bastante introvertido según ella. Pero dijo que era muy educado y correcto, y que la había ayudado al salir del trabajo, en una avería que se le presentó en el coche. Estaba segura de haberle visto antes, pero no sabía dónde. Lo cierto es que entabló una amistad con él, pero nunca se lo tomó

demasiado en serio. Luego, cosa de un mes más tarde, le pregunté por él y me dijo que le había apartado de ella al querer formalizar sus relaciones más estrechamente. A Brenda no le gustaba, y no quiso ir más lejos.

—¿Cómo lo tomó él?

—Oh, al parecer muy bien, Comprendió lo que ella le decía, le pidió disculpas por todo, y se marchó. Me dijo que no había vuelto a verle más.

—Sí, es raro. Un muchacho, si se enamora de una chica como Brenda, resultaría difícil disuadirle de ello.

—Es lo que yo pensé, y así se lo dije. Mi hermana, riendo, dijo que no tenía nada de extraño en él, porque era un muchacho bastante dócil y obediente. Pero insistió en que tenía un carácter raro, sin concretarme por qué exactamente. Ni yo se lo pregunté.

—¿Sabes algo más de él? Su nombre, por ejemplo...

—He estado intentando recordar estos días. Creo con toda seguridad que Brenda me dijo que se llamaba Clayton. Sí, Clayton. De nombre. Y algo que no recuerdo bien, de apellido. Moore, Moors o Moon, o cosa parecida. No podría asegurarlo, Frank.

—Está bien —Frank lo anotó con rapidez, escribiendo todos esos apellidos posibles, con un gran interrogante sobre ellos, y guardó la agenda—. Buscaré en esa dirección, aunque no creo que tenga relación alguna con el caso. ¿Crees que ese chico pudo relacionarse con ella a causa de la fotografía?

—No, no lo creo. No ocurrió enseguida, sino tiempo después. Quizá tres meses más tarde. Ya estaba olvidado el concurso y todo lo demás. Y recuerda que nunca se publicó su rostro ni su identidad.

—Ya lo recordaba —dijo Frank enigmáticamente—. Pero hay que tenerlo todo en cuenta, Lizza.

Ella le miró, pensativa, mientras les servían los postres.

—¿Sigues pensando que la clave de todo está en el *Sex Magazine* y en ese concurso, Frank?

—Sí —asintió Loomish abruptamente—. Cada vez estoy más seguro de ello.

Tomaron en silencio la piña al *kirsch*, mientras en el exterior lloviznaba con creciente intensidad. Pasaban ya los transeúntes con impermeables y paraguas, y los coches brillaban como espejos sobre el asfalto charolado.

—Se ha puesto una mala noche —apuntó Lizza.

—Sí, pero podemos ir a algún local cerrado: un cine, un teatro...

—No, Frank, gracias. Esta noche, no —rechazó Lizza—. Tengo muchas cosas que hacer mañana en el trabajo, y prefiero retirarme pronto a descansar. Lo cierto es que estoy muy agotada estos últimos días.

—Sí, te comprendo. Ha sido una dura prueba.

—Para ambos, Frank —la mirada de ella se hizo tierna—. ¿Te encuentras bien?

—No mal del todo. ¿Y tú?

—Cansada, ya te dije. Creo que mis nervios se cansaron de soportar tanto, eso es todo. En poco tiempo estaré bien.

—Entonces, no insisto. Si quieres, podemos salir de nuevo el próximo viernes o sábado, e ir a alguna parte. Debes distraerte, intenta no pensar en lo ocurrido, como hago yo.

—Tú tienes un trabajo que no te permite pensar tanto —suspiró Lizza—. Lo mío es diferente. Sentada a una mesa, mecanografiando o escribiendo en el bloc de taquigrafía, repasando correspondencia, facturas... A veces, es como si Brenda apareciera en todo ello, mirándome tristemente.

—Lo imagino. Pero mi trabajo tiene otro lado malo: que no hago más que hurgar en mi propia herida. Ésta no es una investigación rutinaria, Lizza, tú lo sabes. Estoy recordando a cada momento, preguntándome cuando me enfrento a alguien, si aquella persona será el maldito monstruo que convirtió a Brenda en lo que era esa noche en el parque... Oh, Dios mío, me gustaría tener entre mis manos un solo instante a ese canalla, loco o lo que sea...

—Serénate, Frank —ahora fue ella quien puso una mano en su brazo—. La querías mucho, ¿verdad?

—Supongo que uno siempre quiere a la mujer con quien va a casarse —alzó la cabeza, mirando larga y fijamente a Lizza—. Es curioso...

—¿Qué es lo curioso?

—Esa pregunta. Y lo que he pensado.

—¿Qué tiene de curioso mi pregunta? Creo que es lógica...

—Sí, claro, pero me sonó extraña. Creo que nadie me ha preguntado jamás si yo amaba a Brenda.

—¿Qué dices?

—La verdad. Lo cierto es que casi nadie pregunta nunca a otra persona si quiere a la chica con quien va a casarse. Y uno mismo tampoco se lo pregunta seriamente jamás. Conoce a la chica, se establece una relación, esa relación se hace más íntima... y de repente uno se encuentra pidiendo a esa chica que se case con él. Así ocurren las cosas. Demasiado deprisa, demasiado normalmente quizá, para que uno trate de ahondar en las circunstancias.

—¿A qué viene todo esto, Frank?

—No sé, no me hagas caso —meneó la cabeza de un lado a otro, y luego apartó el plato del postre, tomó un sorbo de vino e hizo un gesto al camarero, pidiéndole la cuenta. Se pasó una mano por la frente—. Creo que yo también estoy cansado...

—Frank, tienes que tomarte un descanso —le alentó ella—. No puedes estar así día y noche.

—Descansaré cuando haya encontrado la verdad, no antes. Sabes que no podría hacerlo de otro modo.

—Sí, me temo que es como dices. ¿No vas a dormir ya cuando salgamos de aquí?

—No puedo. Tengo que ir a un sitio que no conozco. Una simple visita de exploración.

—¿Qué sitio es ése?

—Un lugar poco recomendable para ciertas personas —rió huecamente Frank Loomish, sacudiendo la cabeza—. Se llama Gay's Pub.

—¿Y...?

—Ya puedes imaginar por su nombre. Allí no van mujeres. Y, lo que se dice hombres... pues tampoco.

—¿Qué puede tener que ver un lugar así con Brenda? —se extrañó Lizza.

—Con ella, nada. Con su asesino, tal vez.

—¿Por qué?

—Oh, es una simple posibilidad. Una carterita de fósforos vista apenas sobre una mesa, donde no debería de estar... Eso es todo.

CAPÍTULO VII

Era exactamente el local que había imaginado.

Largo, oscuro y con música ambiental suave. Decorado en forma *demodée*, todo ello muy decadente, con gran lujo de terciopelos, flecos, espejos y cueros.

Tanto en el largo mostrador, bajo luces tamizadas, de pantallas rosadas con largos flecos, como en las mesas separadas entre sí por divisiones de madera mucho más altas que los asientos, había numerosos clientes cuando Frank Loomish entró en el local.

Y todos ellos tenían un común denominador: pertenecían al mundo gay de la noche de Los Ángeles.

Descubrió a jóvenes atildados, hombres maduros y canosos, e incluso travestís discretos, maquillados y con pelucas, compartiendo la barra y las mesas en íntima conversación. Se guardaban los modales, pero allí no sólo no había ni una mujer, sino que todos los clientes era homosexuales.

Se sintió perdido, como un naufrago en un mundo extraño y desagradable. Miró críticamente a algunos de los presentes bajo sus gafas de color oscuro, que se había puesto para que su mirada no fuese demasiado agresiva en aquel lugar de dulces modales y de actitudes feminoides.

—¿Qué va a tomar? —preguntó un barman de voz atiplada y rostro maquillado en tono muy pálido.

—*Whisky* con hielo —pidió secamente, encendiendo un cigarrillo.

Miró en torno. Un jovencuelo le guiñó un ojo desde un extremo de la barra, y un tipo de pelo plateado y mirada viciosa se quedó contemplándole por encima del borde de su copa con un combinado y escarcha azucarada en los bordes.

Desvió la mirada. Aun tras los vidrios oscuros de sus gafas, temía que le vieran mirar y confundieran su interés con otra clase

de intenciones. No quería salir a mamporros de aquel antro de mariquitas, pensó con disgusto.

Al menos, el *whisky* era excelente y estaba bien servido. La consumición era cara. Pagó sin rechistar, y tomó un trago, mientras a su alrededor sonaban voces atipladas y risas nada viriles.

«De modo que a este lugar viene alguna vez el muy respetable doctor St. Jacques —reflexionó Loomish—. ¿Tendrá también las mismas inclinaciones?».

Entraron dos presuntas mujeres de ceñidos pantalones de cuero negro, suéter con llamativos senos y colgantes exóticos sobre los mismos. Sus cabellos parecían auténticos, igual que sus pechos. Pero Frank sabía que todo era falso. Se trataba de simples travestís presumiendo de ser lo que no eran.

Desaparecieron al fondo de la sala. Frank siguió con su *whisky*, cuando una voz le preguntó a su espalda:

—¿Molesto aquí, querido?

Giró la cabeza, irritado. Se dominó. Un jovencito atildado y con los ojos maquillados y labios brillantes, le sonreía de modo deslumbrante, intentando situarse a su lado, en un angosto hueco del mostrador.

Estuvo tentado de borrarle la sonrisa de un puñetazo, y dudó en la respuesta un momento, recordando dónde estaba. Pero el barman, evidentemente, un tipo astuto y observador, llegó oportuno en su ayuda.

—Ven aquí, Daisy —le dijo rápido—. Hay sitio en este lado, amor.

El jovenzuelo pareció disgustado, dirigió una mirada a Loomish, suspiró con desencanto, y se alejó hacia el lugar señalado, contoneando sus caderas. Frank empezó a sentirse realmente enfermo y supo que no soportaría más.

Apuró su *whisky* a duras penas, y se encaminó hacia la salida resueltamente, harto de soportar aquel lugar que le crispaba los nervios.

Justo entonces se abrió la puerta del local, y entró otra pareja. Casi chocaron de frente él y los recién llegados.

Se trataba de un hombre joven, realmente guapo, pero de una belleza harto sospechosa, nada varonil, en compañía de un travestí de peluca rubia oscura, grandes pestañas y rostro muy maquillado,

que vestía un conjunto negro, de terciopelo, formado por un pantalón y un suéter de cuello alto. También lucía hermosos senos, falsos como su cabello y como su pintada faz.

Sin embargo, a Frank le resultó familiar algo de aquel rostro.

Lo curioso es que también al travestí le resultó el conocido, porque dio un leve respingo y pareció a punto de abandonar el establecimiento. Pero su compañero le llevaba del brazo, y tiraba de él hacia el interior. Pasaron junto a Frank Loomish, que se quedó mirándoles.

No volvieron la cabeza un solo instante. Pero Frank captó la mirada del travestí en un espejo de la sala, cruzándose con la suya.

El patrullero se dispuso a salir ya del club, preguntándose dónde pudo haber visto antes aquellos ojos grises y aquella nariz más bien achatada.

Y recordó.

—Maldito sea... —Apretó los dientes con ira, dando media vuelta—. ¿Cómo no lo entendí antes? Es él...

Regresó al interior del *pub*. Algunos homosexuales le miraron con cierto enfado. Se habían dado cuenta de que él no era de su mundo ni venía en busca de una aventura prohibida. Sin duda debían de estar empezando a pensar que era sólo un policía metiendo las narices en sus cosas.

Sin hacer caso del repentino ambiente hostil que se había creado en torno suyo en el local de invertidos, avanzó decidido, salón adelante, hasta detenerse donde el travestí y su acompañante estaban tomando asiento. Se acomodó en la barra, justo frente a la pareja, y pidió otro *whisky*, mirando por un espejo a los dos individuos.

El travestí se puso más nervioso. Tanto, que su pareja lo notó y, rápido, giró la cabeza, clavando sus ojos en Loomish. Recordó sin duda que acababa de verle a punto de salir, y receló de su regreso. Frank se dijo que aquel guapo mozo no sería un mariquita, pero sí un homosexual, posiblemente un chulo de mujeres y de hombres. Al menos, como tal actuó ahora.

—Eh, usted, amigo —dijo fríamente, encarándose a Frank—. ¿Qué hace aquí otra vez? Creí que se largaba.

—Yo me voy cuando quiero —replicó Loomish, frío—. ¿Usted va a prohibirme tomar una copa?

—Lo que le voy a prohibir es que siga a mi chica, ¿entendido?
—Silabeó el joven.

—Yo no sigo a nadie —los ojos de Frank se clavaron en el travestí a través de las oscuras gafas, observando su nerviosismo y su afán por evitar la escena—. ¿Cree que me gustan las mismas cosas que a usted, amigo?

—Cuando está aquí, es por algo. O es uno de nosotros... o un vicioso palurdo que busca algo demasiado delicado para su paladar —rió el otro, agresivo—. Vamos, lárguese de una vez, antes de que le rompa la cara, paleta.

Frank encajó las mandíbulas. Era una mala cosa en él, pero el otro lo ignoraba.

—Siéntese con su «amiguita» y déjeme en paz —silabeó Loomish—. Es lo más prudente para todos, ¿está claro?

—Vamos, Jim, querido, siéntate ya y deja eso —habló con voz aguda su pareja, tratando de hacerle sentar a su lado desesperadamente.

—No, Honey —masculló el joven, obstinado en su actitud—. Este tipo no me gusta, ni su actitud tampoco. Si ha venido a burlarse de nosotros, malo. Si quiso quitarme la chica, peor aún. No sabe con quién se ha metido. Ya que no quiere salir... ¡yo lo sacaré de aquí!

Y rápido, disparó sus puños contra Frank.

Éste lo esperaba. Fintó ambos impactos con suma facilidad, bloqueando uno y esquivando el otro, y su réplica contundente no se hizo esperar. Rápido, conectó uno de sus puños por entre los brazos del adversario, estrellándolo en su mentón. Fue un mazazo tremendo, que dejó tambaleante y medio *groggy* al golpeado. Loomish, inexorable, remachó su acción con otro zurdazo, que esta vez lanzó al camorrista dando tumbos, hasta aterrizar en una mesa, con estrépito, derribando al suelo copas y vasos. Hubo grititos de sobresalto por parte de los homosexuales presentes, y algunos intentaron rodearle cuando el otro yacía ya hecho una piltrafa en el suelo, con la sangre brotando de sus labios y los ojos en blanco, totalmente inconsciente.

—Calma, amiguitos —avisó fríamente Frank, alzando sus brazos—. Por si no lo saben, les advierto que soy policía. Intenten algo, y habrá lío para este local.

—Dejadle —cortó el barman agriamente—. Y usted, señor, ¿por qué no se marcha ya? Este local no acostumbra tener problemas de ese tipo...

—Ya me voy de su selecto local, amigo —cortó Frank, ceñudo. Se quedó mirando al travestí con frialdad—. Vamos, Honey, encanto. Quiero hablar un rato contigo, ¿te parece bien?

—Sí... sí... —jadeó el travestí de dulce nombre, incorporándose con premura—. Vámonos de aquí...

Frank miró a los homosexuales que aún mostraban un aire belicoso, y les mostró su credencial y la funda de su revólver, bajo la chaqueta. Todos se apartaron en silencio, con gesto de pocos amigos. Frank pasó entre ellos, llevando ante sí al travestí del conjunto de terciopelo negro. Se tambaleaba sobre sus altos tacones femeninos.

Salieron a la calle. Lloviznaba ligeramente. Aferró el brazo del homosexual, y lo retuvo bajo la marquesina. Los ojos maquillados le miraron tras las largas pestañas postizas, rehuendo luego su mirada.

—De modo que éste es otro de sus secretos, doctor St. Jacques —dijo abruptamente Loomish, mirando al travestí con ojos acusadores.

—Sí —casi sollozó el médico, con su voz normal, bajo aquella máscara de maquillaje, *rouge* labial y verde de ojos—. ¿Me reconoció enseguida?

—Tardé unos segundos. No podía imaginarle así, con ese aspecto... Ya suponía que había alguna desviación en usted, al venir a un sitio como éste, pero nunca tanto. La bella y llamativa Honey... es el doctor Milburn St. Jacques conocido cirujano que una vez cometió un error tremendo con una mujer. ¿O no fue tal error?

—¿Qué... qué otra cosa podía ser? Nadie hace algo así intencionadamente...

—No lo sé... —Frank señaló sus erectos pechos dibujados en el suéter—. ¿Qué son? ¿Plástico o goma, doctor?

—Hormonas... —gimió él—. Unas inyecciones especiales. Durante varias horas... y hacen crecer el pecho, volverlo voluminoso...

—De modo que es usted, realmente... uno de «ésos».

El médico inclinó la cabeza. Afirmó. Le corrían lágrimas ahora, embadurnando lamentablemente su faz hasta hacerle parecer un grotesco payaso. Apenas si llegó a captar su voz:

—Sí... No puedo remediarlo. Toda la vida tuve esa inclinación. Primero no vestía de mujer. Luego... eso me fascinó. Y ha seguido la cosa. No soy el único...

—No, claro que no. Sólo que siempre sorprende un poco encontrar más basura de la que se espera encontrar en un vertedero, doctor St. Jacques... —Frank le miró lastimosamente—. Si esto se supiera, podrían acusarle de haber mutilado a una mujer...

—¿A la señora Kennedy?

—Sí. Y también a otra. A Brenda Trent, doctor.

—¡Dios mío, le juro que lo de la señora Kennedy fue un terrible error, una confusión en los análisis! ¡Cambié los resultados de ellos, sin advertirlo hasta demasiado tarde! —sollozó el travestí, aferrando un brazo de Loomish—. ¡Tiene que creerme, por el amor de Dios! ¡Tiene que creerme, Loomish!

—Supongamos que le creo. ¿Y Brenda Trent?

Le miró con horror, retrocediendo un par de pasos. Se le torció un tacón, y casi se cayó en la acera húmeda.

—Dios mío... No, eso no. Nunca haría daño a nadie.

—¿Ni a una mujer hermosa, de hermosos pechos naturales, sin hormonas ni artificios, para satisfacer un odio, una envidia, unos celos de homosexual, de tarado mental y sexual?

—¡No, no, no! ¡Juro que no haría nunca nada malo a nadie! —clamó el médico, exaltado su tono—. ¡Lo juro una y mil veces! ¡Yo no fui! ¡Incluso tengo coartada para la noche del viernes, en que esa mujer fue atacada lejos de aquí!

—¿Qué coartada?

—Esa noche estuve con... con Jim, en este local —desvió la mirada de nuevo, en medio de los churretes de maquillaje en su rostro lloroso—. Y me vio Hal, el barman. Estuve aquí pronto, bebimos bastante todos... hasta muy avanzada la madrugada. Había algunos otros, como yo. Puedo citarlos a todos. Declararán la verdad. Al menos hay seis o siete testigos que podrán confirmarle que yo estuve aquí desde primeras horas hasta la madrugada, sin salir del local...

—Se comprobará —afirmó Loomish—. Y si es así, doctor, no

tienen nada que temer. Ahora, me voy. Ya sé sobre usted todo cuando tenía que saber. Créame que le compadezco. ¿Vuelve adentro?

—No, no... Ahora, no. Me temo que esta noche... se ha echado a perder... —gimió el médico bajo aquellas ropas y aquel aspecto que resultaban ahora patéticamente grotescos—. Me voy... a casa. Es lo mejor...

—Bien. Buenas noches, doctor St. Jacques. Lamento haberle estropeado la noche. Pero su amiguito Jim tuvo más culpa que yo...

Hundió sus manos en los bolsillos, y se alejó hacia su automóvil, mientras el travestí llamaba un taxi, para alejarse del Gay's

Pub, convertido en un espectro de sí mismo.

Mientras conducía bajo la llovizna, Frank maldijo entre dientes, accionando el limpiaparabrisas:

—Malditos sean todos... Incluso tiene coartada. ¡Ese médico...! Cada vez siento más asco del mundo que me rodea. Y ni siquiera he llegado a la verdad que busco... aunque creo que ya puedo borrar de la lista a un sospechoso...

Rodó a velocidad reducida por entre el escaso tráfico nocturno, reflexionando sobre lo que había sucedido aquella noche.

Quería ir a su casa, intentar descansar un poco y olvidar. Pero sentía sus nervios de punta y prefirió tomar una copa antes de retirarse definitivamente, para reanudar al día siguiente las pesquisas.

Detuvo el coche en un local cercano a su casa, donde habitualmente tomaba alguna copa cuando su servicio terminaba antes de que cerrasen. Ahora mismo, el dueño estaba ya a punto de echar el cierre, y tenía las mesas y banquetas recogidas. Al verlo, Frank trató de regresar al coche.

—Perdona, Nick —dijo al propietario, que barría el local—. Ignoraba que ya ibas a cerrar. Volveré mañana.

—No, no, Frank —protestó vivamente Nick—. Entra y toma lo que quieras. Yo invito. No te he visto por aquí desde lo de tu chica. No te pude decir cuánto lo sentí... Vamos, bebe algo. Yo te acompañaré.

—Está bien. Si es así... Ponme un *whisky* con hielo. El último que pedí no pude ni siquiera probarlo —sonrió Loomish recordando

la pelea en el club de homosexuales.

Nick sirvió dos vasos de buen *bourbon* con hielo, y se acomodó a su lado en la barra, poniéndole una mano en el hombro afectuosamente.

—Ha estado alguien preguntando por ti esta noche —dijo confidencialmente.

—¿Sí? —Frank enarcó las cejas—. ¿Quién?

—Un oficial de policía, un tal teniente Harris. ¿Amigo tuyo?

—Psé —Frank sacudió los hombros—. Según las ocasiones. ¿Dijo lo que quería?

—No. Sólo hablar contigo. Fue todo. Al decir que hacía días que no te veía, se largó. Ni siquiera tomó nada.

—Lo haré ahora.

Se volvieron ambos bruscamente. Allí estaba. En la puerta del local, con su inevitable gabardina marrón, mojada de lluvia, y las manos en los bolsillos. El teniente Harris en persona. Les miraba como un búho. Frank torció el gesto.

—Vaya, aquí está el sabueso de la ciudad —sonrió forzado—. Bienvenido, teniente. ¿Qué va a tomar? Yo invito.

—Sólo naranjada. No bebo estando de servicio, Frank, usted lo sabe.

—Oh, claro. El teniente Harris es un hombre íntegro, Nick. Sírvale lo que pide. ¿A qué debo el honor de esta visita? Creo que me anda buscando...

—Sí, Frank —resopló el policía, apoyándose en el mostrador con indolencia—. Me está creando muchos problemas. Más de los que imaginaba, que ya es decir.

—¿Yo? ¿Problemas? Pero si estoy de vacaciones, teniente...

—Eso es lo malo; que no puede dejar su maldito trabajo ni en vacaciones. En pocos días, ha armado un buen lío en la redacción del *Sex Magazine*, metiéndole a Mood, el vigilante nocturno, el cuento de una bomba de relojería en los archivos, ha atacado a un escultor en su propio domicilio, rompiendo una puerta para entrar en su casa, y ha tenido esta noche un lío en un bar de maricas de lujo. ¿Cree que no me llegan las noticias o que su descripción no me la sé ya de memoria?

—Yo no busco los líos, teniente. Los demás me atacan a mí.

—Si no fuera a su madriguera a buscarlos, no ocurriría nada.

¿Sabe que podría hacerle arrestar por una serie de delitos concretos que un patrullero de permiso nunca puede cometer, y que si esa gente le denuncia formalmente, se verá metido en un buen lío y los de asuntos internos meterán la nariz en esto y le crucificarán a poco que se lo propongan?

—Cuando hago algo, teniente, sé a lo que me arriesgo.

—Pero por todos los diablos, Frank, ¿por qué no deja esto en mis manos? No es asunto suyo investigar un crimen, ni siquiera aunque la víctima sea su propia novia, ¿me ha entendido bien? Está yendo demasiado lejos, y puede costarle un serio disgusto. No he querido decir nada de esto a su jefe, el capitán Ballow, pero terminará por enterarse si sigue jugando a los detectives por ahí. ¿Por qué se emperrea en complicar el *Sex Magazine* en esto?

—Porque es la verdad. Ahí está la clave de todo.

—¿Tiene pruebas?

—No. Pero sé que es así. Un médico, un escultor y una mujer traumatizada, podrían ser culpables.

—Podrían serlo, Frank, pero no tiene la menor prueba de que lo sean. Y aquí no se trata de que ellos tengan que demostrar su inocencia, sino nosotros su culpabilidad, ¿lo ha entendido? Ya le dije que no quiero vengadores ni penas de Talión. Si por cualquier azar hace daño a alguien, por creerle culpable, o si realmente llega a cazar al asesino y se toma la justicia por su mano, será lo último que haga como policía, se lo aseguro.

—Muy bien. ¿Qué debo hacer, según usted? ¿Irme de viaje turístico y volver cuando lea en los diarios que el gran teniente Harris cazó al asesino?

—Sea yo o sea otro, el culpable caerá, Frank. ¿Por qué se empeña en complicar las cosas? Veamos, ¿qué ha descubierto que sirva realmente para probar que está en el buen camino y que podemos echar el guante al asesino del parque Lafayette?

—Nada —resopló Loomish—. Pero usted sabe, como yo, cosas de esa gente. La señora Kennedy no tiene senos, el escultor Parrish crea esculturas sin torsos, el doctor St. Jacques es un travestí con pechos inyectados de hormonas y siliconas... ¿No es ésa una gente que puede tener mucho que ver con una pobre chica a quién mutilaron los pechos, teniente?

—Quizá. Pero usted no puede acusar a ninguno en concreto. ¿O

sí?

—No, aún no —resopló el patrullero, malhumorado.

—¿Lo ve? Según su teoría, tendríamos que admitir que todos son culpables, por el simple hecho de que en todos se da la circunstancia de algo así. Pero podría ocurrir que ninguno fuese culpable de nada, y que todo fuera simplemente una coincidencia... o un truco del propio criminal para desviar nuestras averiguaciones hacia el terreno que él quisiera. ¿Lo ha pensado alguna vez, Frank?

—No. Ni creo que eso sea posible. Sería demasiado... fantástico.

—No tanto. Revelaría, simplemente, la existencia de una mente muy astuta y complicada. Y recuerde que los locos acostumbran ser muy enrevesados en sus elucubraciones.

—Eso no tiene mucho sentido, teniente. Si ninguno de ellos fuese culpable, tendría que existir alguien que conociera la existencia de todos esos hechos, para utilizarlos en su beneficio. Y no parece posible que exista una persona tan bien informada.

—Allá usted, Frank, con sus propias teorías. Yo tengo las mías, aunque debo confesar que, como usted mismo, no he llegado aún a ninguna parte. Sólo quería verle para advertirle de todo eso. No cometa otro error. Podría ser el último de su carrera. Ahora, buenas noches. Y gracias por la naranjada.

—De nada, teniente. Felices sueños —le deseó sarcásticamente Loomish, viéndole salir pesadamente del bar. Luego apuró su *whisky*, miró a Nick, que terminaba de barrer, en silencio, y meneó la cabeza con desaliento—. Lo siento, amigo. El teniente aguó la fiesta. Ya charlaremos mañana. Cóbrame la naranjada de mi amigo.

—Ni pensarlo. La casa invita, ya te lo dije. Y no dejes de venir por aquí. Un trago ayuda a pasar las penas, Frank. Lo sé por experiencia.

—Sí, creo que tienes razón. Gracias una vez más. Buenas noches, Nick.

—Buenas noches, Frank.

Se fue a su casa, tras aparcar el coche. Cuando entró, se sentía casado, lleno de sueño y de desaliento. Las palabras de Harris habían logrado inquietarle y desorientarle, sin saber la razón exacta.

El teniente era un hombre con experiencia en asuntos criminales. Llevaba años en la Brigada de Homicidios. No debía

echar en saco roto sus corazonadas. Y no las echaba. Pero había algo en todo aquello que no encajaba. Frank se dijo que era como si le hubieran vendido un *puzzle* en el que faltaron varias piezas. Nunca se podría completar sin ellas.

Se había puesto ya el pijama y había lavado sus dientes, cuando sonó el teléfono bruscamente.

Se estremeció. Una llamada igual había abierto para él la pesadilla en que estaba inmerso. Entonces fue también de madrugada. Y era Lizza quien estaba al otro extremo de la línea.

Descolgó, con aprensión. Su voz sonó ronca:

—¿Dígame?

Para colmo de malos recuerdos, era ella: Lizza. Su voz le hizo revivir aquel momento absurdo que luego resultaría tan trágico, cuando le preguntó por Brenda...

—Frank, perdona que te llame a estas horas —dijo con voz nerviosa.

—¿Ocurre algo, Lizza? —Se inquietó él.

—No, no. Estaba durmiendo desde que llegué a casa. Te he llamado ya dos veces anteriormente, y nadie respondió.

—Andaba aún por ahí, tomando una copa. ¿Por qué me llamas?

—Verás. Me desperté, y recordé que Brenda tenía por alguna parte una vieja agenda con nombres y números de teléfono que ya no utilizaba. La busqué, porque recordaba que era por entonces cuando salía con aquel chico tan extraño de que te hablé...

—¿Y...?

—La encontré. Estaba entre sus cosas viejas, en el armario, arrinconada. Está el nombre del chico. Y su teléfono. Es todo lo que hay. Pensé que quizá te interesaría.

—Claro que me interesa —tomó rápido un lápiz—. Dime, Lizza.

—Clayton Mood. Es el nombre del muchacho. Apunta el teléfono.

Lo apuntó. Pero estaba preguntándose dónde había oído antes ese apellido, Mood.

Y de repente, lo recordó.

CAPÍTULO VIII

Sí, lo recordó muy bien.

Por eso despidió con rapidez a Lizza, dándole las gracias por el informe, y colgó, diciendo que iba a acostarme e investigaría el asunto al día al día siguiente.

No pensaba hacer nada de eso. El pijama saltó en piezas por los aires. Se empezó a vestir con rapidez. De nuevo le asaltaba una febril actividad.

Ahora, de repente, era posible que las palabras del teniente Harris cobraran su verdadera dimensión. El policía de Homicidios había tenido razón. Su parte de razón. Y él tenía también la suya. El *puzzle*, tal vez, acababa de mostrar las piezas que faltaban, y sólo era preciso que no hubiera error el encajarlas.

Estuvo vestido en pocos instantes. Se guardó su revólver en la funda, bajo la chaqueta, y salió con rapidez de su casa, encaminándose de nuevo a por su automóvil, no sin antes solicitar de la central telefónica de información unos datos determinados sobre aquel teléfono y su emplazamiento exacto.

Momentos más tarde rodaba hacia Inglewood a toda la velocidad que era posible en la noche, sin apenas tráfico. Para evitar que le interceptara algún patrullero, puso en el techo de su coche la luz roja giratoria, e hizo funcionar la sirena. De ese modo, cruzó el centro de Los Ángeles en escasos minutos.

En Inglewood se hallaba la dirección que correspondía a aquel número telefónico. Allí vivía un tal Clayton Mood, un joven que fue acompañante de Brenda Trent durante cosa de un mes, mucho antes de que ella y Frank se conocieran.

Al fin sabía quién era el joven misterioso y dónde hallarle.

Ahora esperaba que ese dato le llevase directamente al asesino.

Y entonces, el *puzzle* sí estaría completado.

El edificio estaba en sombras, y la calle desierta ofrecía la luz de los globos de vidrio de las farolas públicas, alumbrando cercas, zonas de césped y áreas ajardinadas. Todo ello silencioso y vacío en esos momentos.

Loomish bajó del coche, aproximándose a la casa lentamente, por la acera húmeda. Sus pisadas resonaron huecamente en el silencio. Cuando alcanzó la valla del edificio que buscaba, tocó instintivamente el bulto de su «38» bajo la chaqueta, preguntándose si tendría que utilizarlo en breve, o si todo iría por cauces pacíficos.

Sentía una especial tensión a medida que se aproximaba a la solución final, al hallazgo del asesino, de la persona que fue capaz de quitar la vida a Brenda, su prometida, despojándola luego de sus senos en una mutilación repugnante y cruel.

Pero el afán vengativo había ido desapareciendo paulatinamente de su ser. Ya no era cólera y odio lo que sentía hacia el criminal, sino un simple y frío afán de justicia. Nada que le ofuscará, nada que cegará sus ojos ante la simple labor de un servidor de la ley. Iba a ser solamente el policía Frank Loomish, no el hombre ni el novio. Sólo un agente de la autoridad, dando caza a un loco y peligroso asesino.

Se detuvo ante la casa, estudiando sus ventanas en sombras. No cometió el error de utilizar la puerta delantera o de llamar al timbre. Hubiera sido una tontería.

Rodeó el edificio, caminando entre dos cercas, con sigilo, para llegar a la fachada posterior de la casa. No era difícil entrar en ella, realmente. La valla de madera no era alta ni infranqueable precisamente.

La salvó de un salto, caminando sobre el césped de una zona ajardinada posterior, hasta hallarse ante un cobertizo que se anexionaba a la vivienda. Rodeó ese cobertizo, alcanzando la edificación en sí.

Otra vez iba a allanar una morada, y esta vez con nocturnidad. Si esto fallaba, el capitán Bailo iba a despojarle hasta de su placa y expulsarle de la policía. Pero tenía que hacerlo. Y lo hizo.

Como en otra ocasión, quebró un vidrio de la puerta trasera. Y abrió el pestillo interior, encontrándose en un pasillo que discurría junto a una cocina y un cuarto de bártulos, en dirección después al vestíbulo y escalera de la casa.

Avanzó despacio, ya con la mano en la culata de su revólver. La casa estaba a oscuras, pero entraba luz de una farola situada justamente ante ella. Suficiente luz para reconocer con cautela el terreno que pisaba.

Miró en derredor, pensativo. Ni un ruido en la casa. Ni huellas de presencia humana alguna. Sin embargo, estaba seguro de hallarse en el lugar adecuado. Presentía que todo aquello llegaba a su final.

Se detuvo al pie de la escalera. Miró a lo alto, profundamente oscuro y silencioso. Algo, un instinto quizás, le avisó de que no todo estaba tan quieto y tan inofensivo como realmente parecía.

Y sin saber la razón, se echó a un lado, pegándose al muro, fuera de la trayectoria de la propia escalera.

Lo hizo muy a tiempo.

Arriba tronó un arma potente, quizás una escopeta de caza, y un huracán de perdigones perforó el aire, allí donde momentos antes estaba él. Una llamarada iluminó los escalones.

—¡Tire esa arma! —rugió Loomish, sin salir de su refugio provisional—. ¡Soy policía! ¡Entréguese, en nombre de la ley! ¡La casa está rodeada!

La única respuesta fue otra detonación y otra bocanada de postas de caza, buscando su cuerpo. Arriba, luego, sonó una maldición cuando él, a su vez, disparó su «38», asomando fugazmente el brazo, al tiempo que insistía, con voz potente:

—¡He dicho que tire el arma! ¡No le avisaré más! ¡Dese preso en nombre de la ley, Clayton Mood, como sospechoso de asesinato!

Oyó una carrera allá arriba, fuertes pisadas de unos pies ágiles y vigorosos, el estrépito de vidrios rotos, y algo que golpeaba luego en la parte trasera de la casa. Con una imprecación, Loomish corrió hacia detrás del edificio nuevamente, con su revólver a punto.

Cuando alcanzó la puerta posterior, la sombra corría velozmente hacia la cerca, hollando el césped con largas zancadas. Loomish hizo otro disparo, apuntando alto, y la bala silbó sobre el fugitivo.

—¡Deténgase! —rugió Frank—. ¡No avisaré más, Mood!

El otro no obedeció. Alcanzaba ya la valla de madera, y comenzaba a escalarla. Sin vacilar, Frank hizo un disparo más. Pero esta vez tiró a dar.

El cuerpo se detuvo un momento en lo alto, como si no hubiera

sido alcanzado y se dispusiera a saltar al otro lado. No pudo hacerlo. Osciló, y perdió el equilibrio, yéndose hacia atrás y golpeándose contra el césped del interior de la casa, donde se quedó gimoteando, encogido.

Rápido, Frank corrió hacia él, con el arma dispuesta por si todo era una añagaza, y alcanzó al fugitivo. No era ningún truco. Estaba herido en la pierna, y ahora trataba de arrastrarse, quizá para intentar una fuga desesperada que le era imposible. Tenía el pantalón totalmente bañado en sangre, a partir de la rodilla, en su pierna.

Frank puso su revólver contra el mentón del hombre caído, y avisó fríamente:

—El juego ha terminado, muchacho. Un movimiento estúpido, y te vuelo la cabeza, ¿está claro?

El otro le miró; la faz lívida y angustiada. El sudor corría por su piel. Era joven, moreno y vigoroso. Parecía realmente vencido, roto.

—¿Quién... quién es usted? —jadeó.

—Frank Loomish, de la policía Metropolitana —silabeó Frank, sin añadir más—. Se ha delatado usted mismo al dispararme e intentar huir.

—Le... le disparé porque entró en casa ilegalmente Pensé que era un merodeador, un ladrón...

—Miente. Le avisé que era policía. Y disparó por segunda vez, Mood.

—No creí sus palabras, eso es todo. Estaba asustado.

—¿Por qué escapó luego, cuando le insistí?

—No sé. Ya le digo que estaba muy asustado. Tuve miedo.

—Miedo, ¿de qué? ¿De un policía? ¿Sabe que he venido a por usted?

—No... —Casi sollozó, torciendo el gesto—. Mi pierna. Me duele mucho.

—Eso tiene arreglo. Vendrá una ambulancia a por usted en pocos minutos. Apresure las cosas, Mood, si no quiere sufrir. Sabe a lo que he venido, ¿verdad?

—Lo... lo imagino.

—Y supongo que va a confesarlo todo...

—Sí... —gimió el joven, inclinando la cabeza—. Sí, agente. Yo voy a confesar todo. Eso tranquilizará mi... mi conciencia... y mi

espíritu, no lo dude...

Una sirena policial ululó cerca de allí. Loomish le apremió:

—Hable ya. Vienen unos compañeros. Ellos avisarán a la ambulancia, no tema. Todo irá bien para usted. Pero suelte todo lo que tiene dentro. Eso le hará bien, muchacho...

Clayton Mood asintió. Y empezó a hablar con voz rota.

CAPÍTULO IX

Frank Loomish se detuvo ante la recia puerta de vidrio blindado y cierre de seguridad conectado al sistema general de alarma. Era la segunda vez que visitaba aquel lugar. Nunca pensó volver a él. Y, sin embargo, allí estaba de nuevo. Esperaba que por última vez.

Pulsó un llamador adosado al muro, junto a la gran puerta encristalada, y esperó. Dentro, las oficinas estaban en sombras. Sólo una luz alumbraba tenuemente el corredor.

Se detuvo frente a la vidriera, a alguna distancia, escudriñando al visitante. Su voz sonó a través de unas rendijas de un sistema acústico:

—¿Quién diablos llama ahora? Está cerrado, ¿no se da cuenta? Éstas no son horas de visita. Lárguese y vuelva en horas de trabajo, amigo.

Frank contempló la figura del vigilante. Respondió, acercándose más al vidrio:

—Soy yo, ¿no se acuerda de mí? Frank Loomish, de la policía...

—Oh, ¿usted? —Gruñó el vigilante de la redacción del *Sex Magazine* con voz irritada—. Lárguese de una maldita vez. No se me han olvidado los problemas que me causó la vez anterior. Usted me metió un cuento chino. La policía dijo que no estaba de servicio cuando entró aquí con engaños. Y no había bomba ni nada por el estilo.

—Está bien, admito que le engañé —dijo Frank—. Pero esta vez es diferente. Abra. Tengo algo muy importante que resolver aquí, ahora mismo.

—Ah, no, no. Esta vez no me engaña, Loomish. Váyase al diablo. No le voy a abrir ni le voy a hacer caso, ¿entiende?

—Primero escuche lo que tengo que decirle. Abra, vamos. Se trata de algo grave e importante. Un asesinato. Y una mutilación. Hay un criminal ahí dentro.

—¿Asesinato? ¿Mutilación? —La voz del vigilante nocturno sonó bronca—. ¿Un criminal aquí? Mire, ya escuché bastante. O se larga, o soy yo quien avisa a la policía, para que vengan a buscarle a usted. Es mi última palabra, Loomish. Ahora, fuera de aquí.

—Espere. Vengo ahora de su casa. Su hijo Clayton está herido.

—¿Qué? —Se sobresaltó el hombre de uniforme—. ¿Qué nueva patraña es ésa?

—Clayton está herido en una pierna. No es nada serio. Saldrá bien del hospital. Pero él habló, Mood. Habló cuánto sabía. Lo contó todo. Y yo... yo he entrado en su habitación, Mood. En la de usted, ¿entiende? Donde diseca animalitos y todo eso. Y he visto... he visto los pechos de Brenda Trent... embalsamados... POR USTED, SU ASESINO.

Siguió un silencio denso, aplastante. De pronto, Mood, el vigilante nocturno, era una máscara lívida y desencajada, sobre un uniforme repentinamente flácido y rugoso, como si su cuerpo también se hubiera encogido y avejentado de súbito.

—Maldito sea —jadeó con voz irreconocible, un brillo colérico en sus ojos—. Eso no es cierto. No puede ser cierto...

—Sabe que sí. De otro modo, no se lo diría, ni estaría ahora aquí... Es inútil ya lo que haga, Mood. Es usted un asesino, un enfermo mental. Capaz de obsesionarse con una simple fotografía, con los pechos de una mujer... y capaz de matar por ellos, despojándole al cadáver de ambos, para su insano y morboso placer. Usted vio esa fotografía en la revista, usted vivió obsesionado con ella... Luego, supo que su propio hijo había tenido relaciones con la modelo... un día en que él había venido aquí a verle a usted, y luego se encontró con Brenda Trent, cuando ella tal vez hizo una visita a esta redacción para alguna cosa relacionada con el concurso... La obsesión creció en usted, y un día indagó en los archivos, de los que siempre tiene una llave... Supo quién era ella, la vigiló... Aquella noche, abandonó su servicio. Nadie advertiría su ausencia, después de todo, a menos que alguien viniese a la editorial, y eso no era frecuente. Tomó un coche, fue a esperar a Brenda a la salida de su trabajo... Se acercó a ella con un pretexto cualquiera. Usted tiene un arma. La amenazó, la llevó al parque y allí... la mató dentro del coche, arrojando luego su cadáver al césped. Y entonces la mutiló, se llevó consigo el

espantoso trofeo que le enloquecía. Los senos de Brenda... Los embalsamó para conservarlos siempre, junto a la fotografía que fue origen de todas sus morbosas obsesiones... Mood, es usted un peligro para la sociedad, para las mujeres hermosas, para todo el mundo... y he venido a por usted, ¿entiende?

—¡Maldito sea, no lo lograré! —aulló el vigilante nocturno, desenfundando rápido su revólver.

Y comenzó a disparar rabiosamente contra Frank Loomish.

Las balas se estrellaron en el grueso vidrio blindado, astillándolo y cubriéndolo de grietas, pero sin lograr perforarlo. Frank, instintivamente, se echó atrás, a cada impacto de bala sobre las grandes puertas irrompibles.

Mood vació su revólver, enloquecido, arrojó luego el arma contra la puerta, estérilmente, y de súbito echó a correr, perdiéndose en el interior de la editorial.

Lejanas pero audibles, llegaron de la calle las ululantes sirenas de coches policiales, aproximándose a la zona. Frank no esperó a más. Desenfundó su propio 38, y disparó a quemarropa, pero no contra los cristales, cosa que sabía perfectamente inútil, sino contra la cerradura.

Hicieron falta tres proyectiles para destruirla. El sistema de alarma se activó de inmediato al primer balazo, y comenzaron a funcionar los timbres ensordecedores del edificio.

La puerta estaba abierta. Frank empujó las pesadas hojas de vidrio blindado, y corrió hacia el interior de la editorial, arma en mano.

En principio, ignoraba hacia dónde había dirigido sus pasos el vigilante Mood, en medio del laberinto de oficinas y tabiques encristalados de la redacción del *Sex Magazine*, pero poco después, un ruido producido allá al fondo, a su izquierda, le reveló el paradero del criminal.

Tenía que impedir que alcanzase una caja de cartuchos y repusiera en su arma los proyectiles malgastados. Aquel hombre de edad ya avanzada era un loco peligroso, obsesionado por muchas cosas, y sumamente violento llegado el caso.

Avanzó rápido hacia las oficinas de la derecha, sin descubrir aún la presencia de Mood. En la calle, las sirenas sonaban ya frente al edificio.

De súbito, la figura del vigilante asomó tras una mesa. Y, como Frank temía, de su mano armada, brotó un disparo. Se apartó a tiempo, y un panel de vidrio se hizo añicos a sus espaldas.

—¡Vamos, venga a cogerme si tiene valor, sucio polizonte! —rugió la voz descompuesta del asesino—. ¡A ver si es capaz de darme caza!

—No sea loco, Mood —avisó Frank con frialdad, parapetado tras una mesa metálica—. Está rodeado el edificio. Le cazaremos, haga lo que haga. No ponga más difícil su situación.

—¡Al infierno con usted, cerdo! —aulló Mood.

Y su arma rugió de nuevo, haciendo añicos otra vidrieras de separación entre las distintas oficinas.

Frank se mantuvo parapetado tras el mueble metálico, donde uno de los proyectiles fue a empotrarse, con un áspero impacto. De haber sido de madera, lo hubiese perforado.

Loomish se decidió. Había resuelto ser él quien hiciese aquella captura, y lo iba a cumplir. Si sus compañeros invadían la redacción, terminarían matando al vigilante, dada la feroz resistencia de éste. Y él no quería que el asesino de Brenda muriese. No era el final que le correspondía.

Si estaba realmente enfermo de la mente, tendría que ser internado en un centro para dementes, y allí recordaría de por vida lo que le hizo a Brenda Trent. Si era sólo un instinto morboso, una depravación sexual violenta, iría a prisión de por vida, y también allí recordaría y pagaría su deuda con la justicia y con la sociedad. Eso era mejor que morir rápidamente y dejar de sufrir.

De súbito, Frank saltó por encima del mueble metálico. En ese momento, el vigilante nocturno asomaba tras otro mueble, con su temible 45 en la mano, presto a disparar de nuevo. Encañonó a Frank...

Pero Loomish fue más rápido. Hizo fuego sin dejar de correr.

Y su blanco era la mano armada de su adversario.

Chilló Mood, como una rata aplastada, cuando de sus dedos escapó el humeante revólver, y la bala de Loomish se estrelló en sus dedos, destrozándoselos en un amasijo de huesos, carne desgarrada y sangre.

Se fue contra la pared, tambaleante, y Frank cayó sobre él. Todavía intentó resistir el vigilante, pero el joven patrullero le

descargó un seco mazazo al rostro, y al aturdirle, utilizó con toda rapidez las esposas, asegurándole las muñecas con ella.

Jadeando, se echó atrás y sujetó al prisionero, cuya mano derecha chorreaba sangre abundantemente.

Se volvió Frank hacia la puerta.

El capitán Ballow y un grupo de cuatro patrulleros, penetraban en la oficina con sus armas en la mano. Les seguía, igualmente armado, el teniente Harris, de Homicidios.

Todos se pararon en seco al ver la escena. Frank, jadeante aún, sonrió con dureza y les mostró al preso.

—Llegan un poco tarde —se burló—. Aquí tienen al criminal. Avisen a una ambulancia. Se resistió y tuve que desarmarle.

—Loomish... —El capitán Ballow le miró severamente, acercándose a él, mientras un patrullero corría a avisar a la ambulancia—. No estaba usted de servicio. Esto es antirreglamentario.

—Lo sé, señor. Luego me impondrá la sanción correspondiente. Pero ahora creo que el detenido es lo más importante, ¿no le parece?

—Sí, claro —admitió el capitán, dubitativo.

El teniente Harris avanzó, ceñudo, encarándose a Frank. Tras un corto silencio, mientras los patrulleros se hacían cargo del asesino herido, logró articular unas pocas palabras:

—Debería estar furioso con usted, Loomish —le espetó—. Usted es sólo patrullero, no está de servicio, y éste era un asunto para Homicidios. Pero olvidaré todo eso por un momento... y le daré mi enhorabuena.

—Gracias, teniente —sonrió Frank, viendo la mano que le tendía Harris, que estrechó con calor.

—Muchacho, creo que el próximo semestre hay unos cursos para ingreso en la Brigada de Homicidios —dijo Harris sonriendo—. ¿Por qué no se presenta a ellos? Estoy seguro de que ganaríamos un buen detective...

—Y perderíamos un buen patrullero —terció Ballow, ceñudo—. A pesar de que no siempre cumpla las órdenes al pie de la letra. Bien, Loomish, ¿qué decide?

—No sé todavía, señor —suspiró Frank, encogiéndose de hombros—. Pero creo que tengo unos meses para pensarlo todavía.

Dependerá de lo que decidamos mi mujer y yo.

—¿Su... mujer? —vaciló Harris—. Creí que era su prometida quien murió víctima de ese criminal...

—Y lo era, teniente. Pero creo que la vida sigue, y uno nunca debe volver la vista atrás, para esclavizarse al pasado. Está claro que también habrá que dejar pasar un cierto tiempo, serenarse, estar uno seguro de lo que hace... También tengo que saber si ella me corresponde en mis sentimientos, pero de repente, hoy mismo, he descubierto algo que, desgraciadamente, advertí demasiado tarde.

—¿Qué es ello?

—Que iba a casarme con la mujer equivocada. No era amor lo que sentía por Brenda, sino una cierta atracción por su belleza... En cambio, hay otra mujer menos deslumbrante, por la que siento algo muy especial. Algo que, tal vez, sea amor...

—¿Lizza Trent? —sugirió, con una sonrisa, el teniente Harris.

—¿Cómo lo supo? —se sorprendió Frank.

—Bueno, digamos que tiene que quedar algo para que este viejo policía descubra por sí mismo, ¿no le parece? Sería injusto que un patrullero tuviera que averiguarlo todo, y un oficial de homicidios nunca descubriese nada.

Frank sonrió a su vez, asintiendo. Luego, echó a andar bacía la salida, diciendo con voz tranquila:

—Sí, teniente. Creo que eso, usted lo ha averiguado antes que yo mismo. Necesité que Brenda hubiese muerto para hacer examen de conciencia y comprender que era su hermana quien me atraía realmente con algo más que una seducción física. Que era Lizza quien podía despertar en mi emociones que jamás sentí antes. Pero eso, muchas veces, uno no llega jamás a descubrirlo, hasta que es demasiado tarde. Espero que Brenda, allí donde ahora esté, comprenda mis sentimientos... y mi comportamiento.

—Claro, Loomish —asintió el teniente Harris—. Lo hubiera comprendido incluso en vida, si usted le hubiera expuesto eso mismo antes de unirse a ella definitivamente. El error es mejor subsanarlo antes de que se cometa. Pero ahora, con más motivo, creo que lo entenderá. Donde ella está, las cosas, sin duda alguna, deben comprenderse mucho mejor que aquí, amigo mío...

Frank Loomish asintió mientras cruzaba la puerta de salida, en

dirección a la calle. Más adelante, era conducido el prisionero, con su mano envuelta en una tela, para detener la hemorragia. Una ambulancia llegaría en breve, para llevarle al hospital y curar sus dedos rotos.

Luego, pagaría su deuda con la Justicia. Y con Brenda Trent, su víctima.

Él había cumplido la tarea que se asignó. Era todo cuanto pudo hacer ya por Brenda.

—Sí, Brenda —musitó, al pisar la calle y mirar al cielo nuboso, donde algunas estrellas comenzaban a brillar en la negra madrugada—. Es cuanto pude hacer por ti. Y tú lo sabes... Lo que no puedo hacer, es dejar pasar mi oportunidad. Y esa oportunidad se llama Lizza... Si ella siente como yo... espero que nos comprendas y perdones a ambos. Sí, estoy seguro de que es así... Gracias, Brenda. Y adiós.

Echó a andar por el asfalto mojado. Las luces de los coches patrulleros giraban y parpadeaban en torno suyo. Ni las vio. Se alejó de la zona con paso lento, respirando a pleno pulmón el aire húmedo de la noche.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

